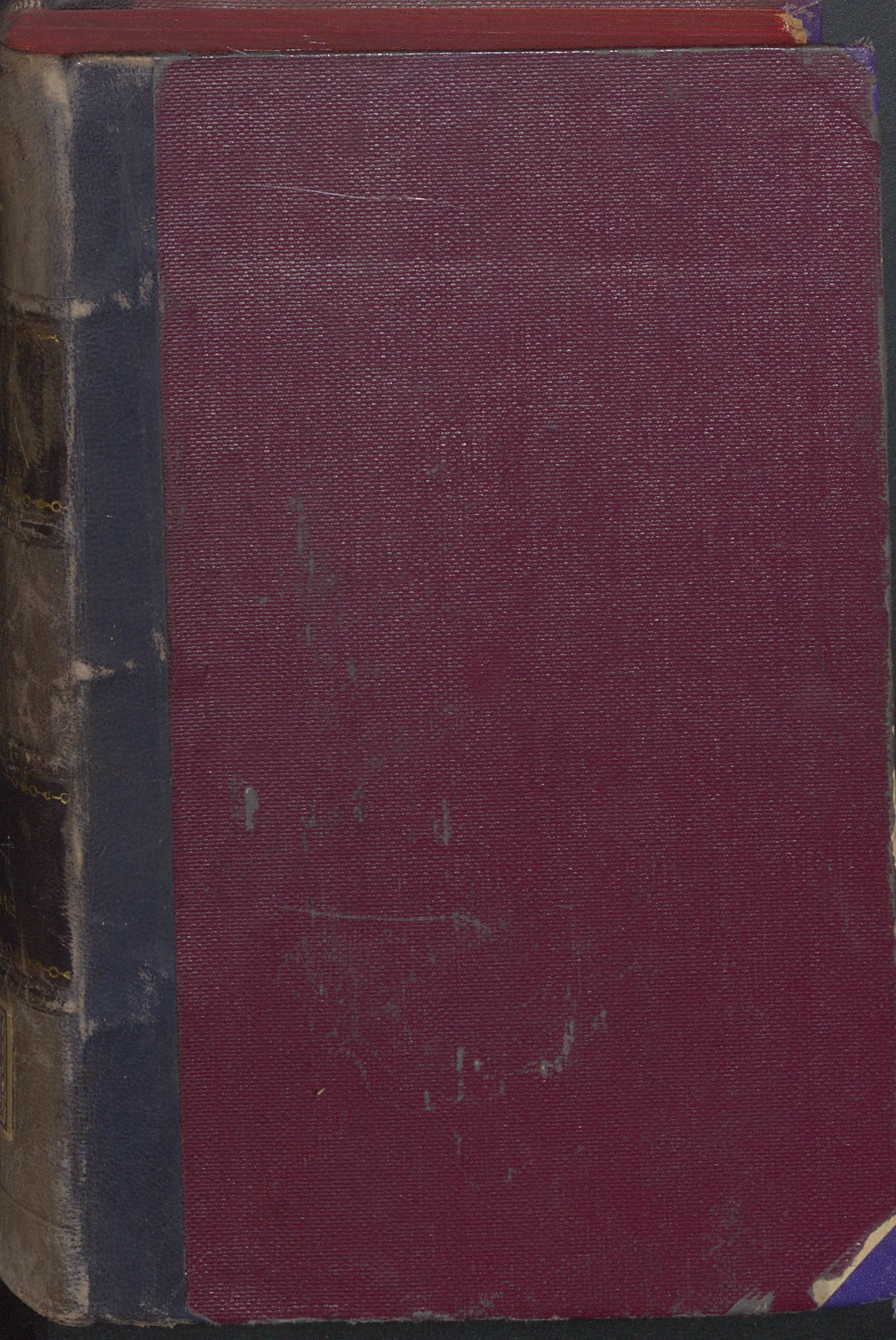
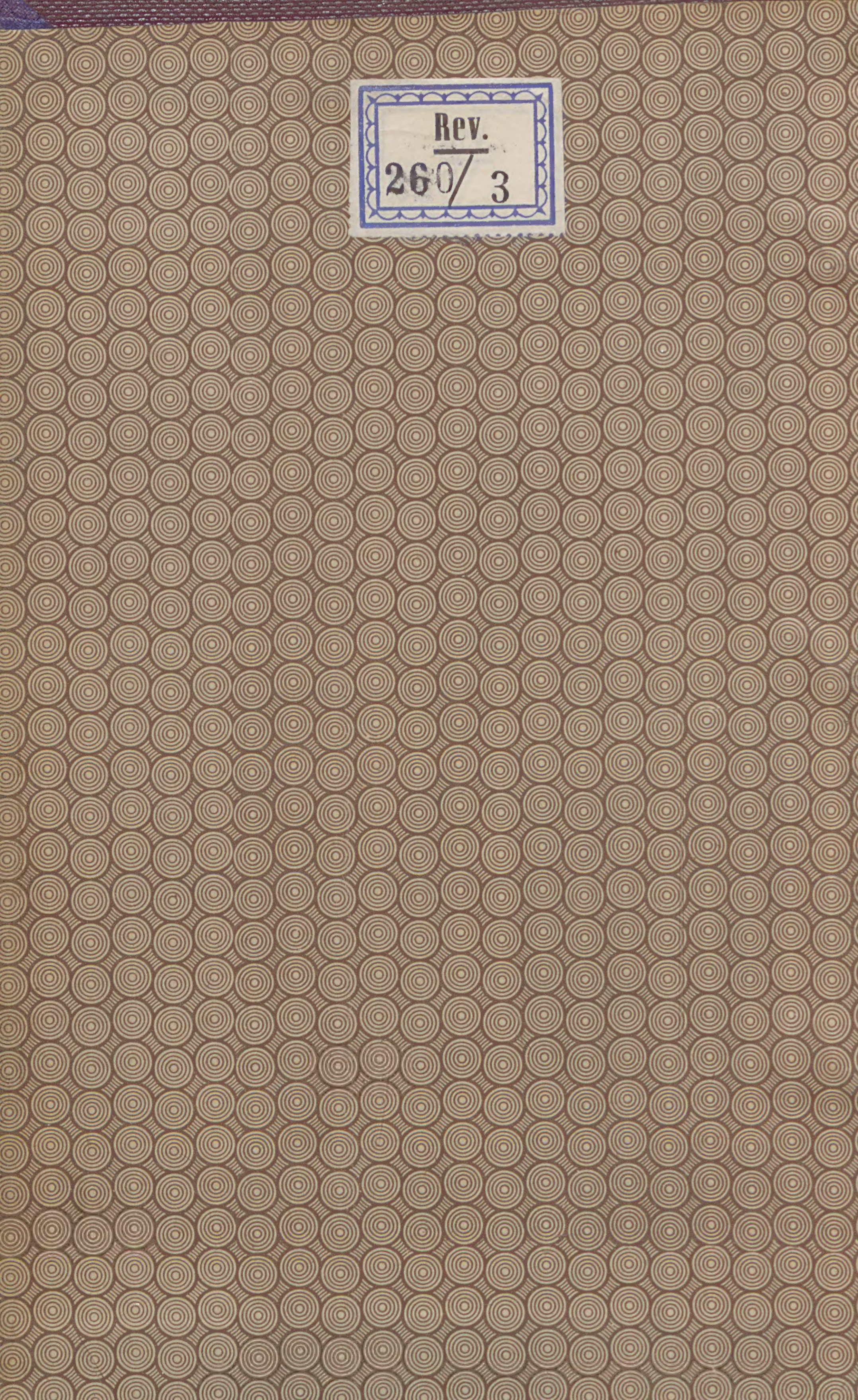
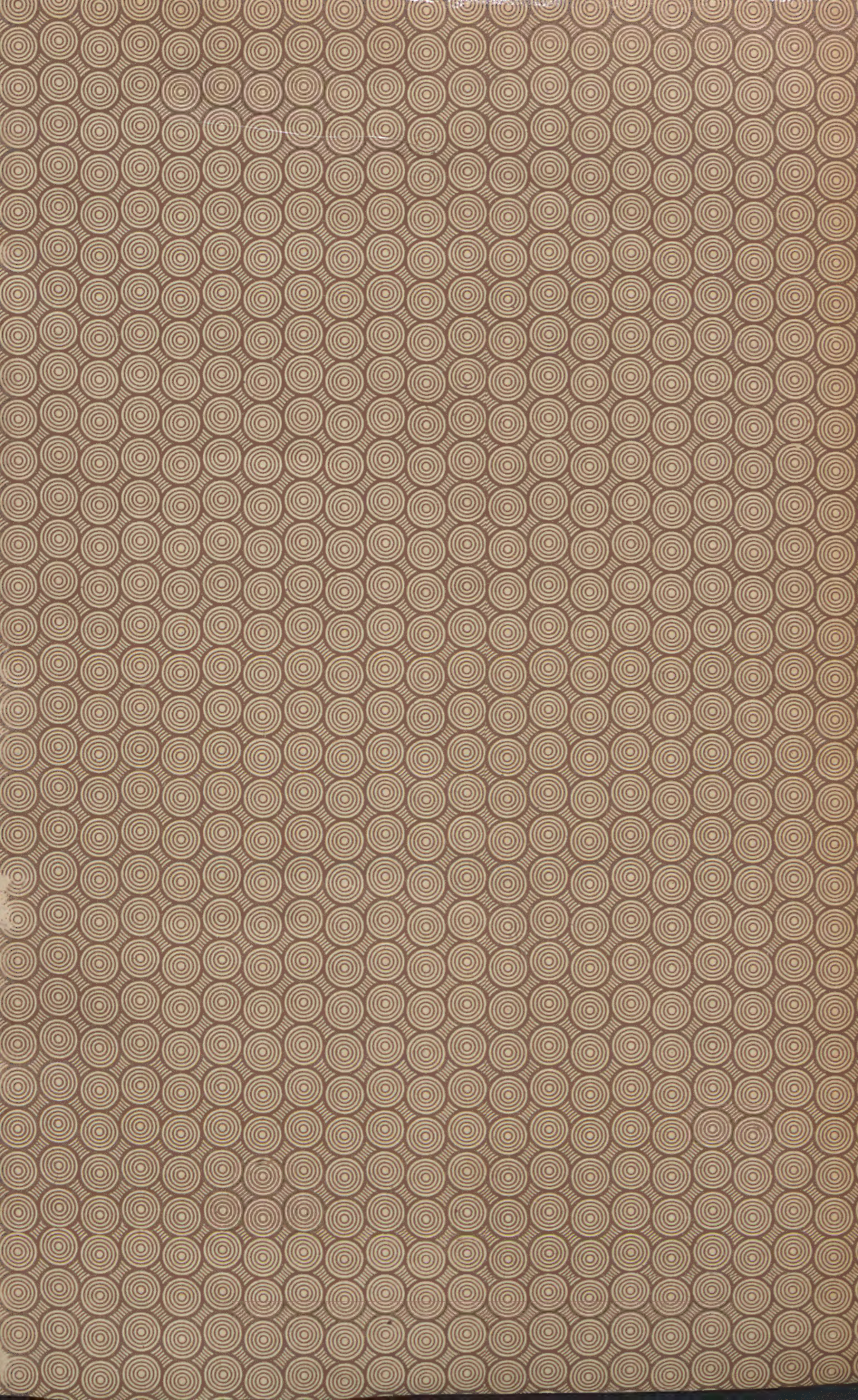








Sr. D. Joaquín Hazañas 2º

Año IV.—Tomo IV.—Marzo de 1920.—Cuaderno XIII

BOLETÍN

DE LA

REAL ACADEMIA SEVILLANA DE BUENAS LETRAS





SEVILLA : 1920
Imp. y Lib. Sobrino de Izquierdo
Francos, 43 al 47

SUMARIO DE ESTE CUADERNO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En España: un año	4	pesetas.
En el Extranjero	8	—
Número suelto	2	—

Toda la correspondencia al Sr. Administrador

BOLETÍN

DE LA

REAL ACADEMIA SEVILLANA DE BUENAS LETRAS



SEVILLA : 1920
IMP Y LIB. SOBRINO DE IZQUIERDO
FRANCOS, 43 AL 47

BOLETIN

DE LA

REAL ACADEMIA SEVILLANA DE BUENAS LETRAS

AÑO IV.—TOMO IV.—MARZO DE 1920.—CUADERNO XIII

Rinconcillos de la Historia Americana.

LA VERDAD ANTE TODO

1799

La mejor sociedad de Méjico llenaba el salón de la Escuela de Minería, cuando Walter Braddock, comandante de *La Iroquesa*, tomó asiento en el estrado. El pobre Walter, que se aburría en Veracruz esperando órdenes, se había escapado a Méjico, donde lo pasaba lindamente. Aquella tarde estaba invitado a la Conferencia en que el sabio Don Andrés del Río, el descubridor del vanadio, iba a exponer sus teorías del volcanismo.

Blanco de todas las miradas, el norte-americano manteníase inalterable, departiendo con los profesores: era elegante y de maneras distinguidas: leve sonrisa apenas iluminaba su semblante. Preguntáronle si le había gustado la capital mejicana y en pasadero castellano y sin abusar de los infinitivos, respondió, que Méjico era encantador. Desde el Cerro a cuyo pié se asienta Guadalupe, había contemplado la paradisiaca vista de los lagos que bordeaban oscuras frondas de sauces y de ahuahuates, las quintas de recreo, el claro cielo donde se remontaban espesos bandos de aves acuáticas, las cumbres azules y nevadas de la sierra de Anahuac, del Popocatepetl y del Ixtalciuatl, había visto la soberbia Catedral,

el calendario azteca, la piedra de sacrificios, las obras del desagüe y el tajo de Nochistongo, y sobre todas esas cosas, le habían agradado en extremo el buen tono de la gente y la vida intelectual que allí notaba. Hízose lenguas de la Academia de Bellas Artes, que le había dado ocasión de admirar reproducciones de las más famosas esculturas clásicas e italianas, del Laocoonte, del Apolo de Belvedere, del S. Jorge y del Bartolomé Coleoni de Donatello... allí había celebrado la destreza y buenas disposiciones de los muchachos Españoles, criollos, pardos y mestizos para la talla y la pintura. Y en el Jardín Botánico se había hecho explicar las cualidades de mil plantas indígenas. Callóronse al entrar D. Andrés del Río: calló también la concurrencia y el sabio profesor dió principio a su discurso ante aquel vivero científico de donde salían los geodestas, los mineros, los naturalistas que recorrían la América midiendo, herborizando, sondeando las entrañas de la tierra y cuyos trabajos tanto contribuyeron a la mayor gloria de Alejandro de Humboldt. Pero además, veíanse allí curiosos aficionados, mercaderes ricos, oficiales de la Audiencia, militares, hacendados y cantidad de arrogantes damas. Del Río hablaba del fuego central, de la relación del volcanismo con los terremotos, citaba casos que ponían espanto, y nadie hubiese podido averiguar si Braddock estaba en ello o si se ocupaba en examinar atentamente el auditorio.

Sonaron vibrantes aplausos, salieron damas y caballeros a las galerías donde la turba estudiantil se apretaba dejando calle. Discutíase vivamente en un corro de muchachos: había expuesto un vivo y despejado criollo, que ya Méjico poseía más cultura que España y que nada tenía que aprender de ella ni en ciencias ni tal vez en política, a lo que argüía un estudiante español, que español era D. Andrés, y española la enseñanza que tantos criollos eminentes habían recibido. Era aquello la levadura que empezaba a actuar. Braddock lo oyó al paso: urbanamente se despidió de todos y se fué para su albergue: debía acostarse temprano y al despuntar el día tomar su camino de Veracruz; mas la cena terminada, surgió el excéntrico que todo sajón lleva consigo: descolgó un capote europeo o un sarape mejicano, que eso no lo declaran los historiadores, y se echó a vagar sin rumbo por las calles. Bien pronto el aspecto decoroso y señoril de ellas fué mudándose en basto y miserable. Un sereno le siguió los pasos, quizás para asirle y llevarle a la Acordada, pero Braddock le dió un hábil esquinazo y se hundió en el laberinto de un barrio medroso. Las negras sombras y la esplendente luna ofrecían mágicos efectos y contrastes que sabía gustar, porque en efecto era algo artista. De las puertecillas entornadas

salían rayos de luz de candiles, olor fuerte de mezcal, apagados rasgueos de fandangos y el inevitable romance de Macario Romero.

Dice Macario Romero
Al capitán Villalplata
licencia vengo a pedirle
para ir a ver a mi chata.

con el *plan* que le *forman* al pobre Macario la Rosita y el papá de Rosita y todo lo demás que largamente se contiene.

Al fin le acometió un repentino aburrimiento, dió media vuelta y como pudo llegó a la hospedería.

. . . .

Recostado en su hamaca de la goleta. decíale a su segundo que le pedía impresiones de Mejico,—¿Méjico? Suciedad y léperos, ignorancia y miseria: eso es todo lo que han sabido hacer los españoles en trescientos años.

LAS CANOAS LOCAS

1770

En la enorme extensión de doce grados desde el Archipiélago de Chonos hasta el desgarrado término Austral del continente americano, una multitud de islas sigue la línea quebradísima de la costa brava chilena. Si los pájaros bobos fuesen capaces de extrañar alguna cosa, sin duda hubieran pensado que estaban locos los tripulantes de las dos canoas que en Diciembre de 1770 se aventuraban por el dédalo de aquellos estrechos Demasiado grandes para tan sucios fondos, demasiado chicas para recibir las hinchadas mares, las canoas contaban los días por milagros.

Pero Beranger, el Gobernador de Chiloé no había querido exponer a las fragatas que procedentes de la descubierta del Mar del Sur llegaron a sus órdenes y confió a los dos barquichuelos la empresa de averiguar si en alguna de aquellas ensenadas se ocultaban establecimientos extranjeros.

Un mes llevaban de viaje por demás azaroso: no habían tenido un día de bonanza, ni comido la galleta seca, ni tomado una altura de sol.

Cierta noche de niebla, temiendo meterse en un callejón sin salida, determináronse a varar en un ancón de arena, donde el mar rompía con estruendo, y aguardar la luz del alba. Como Dios quiso vararon las embarcaciones; en una cueva del acantilado se encendió

con trabajo una fogata y alrededor de ella se apretaron marineros y oficiales.

El paraje no podía ser más desolado: descendía el ancón semicircular en suave declive hasta el agua y todo él estaba cercado de enormes peñas sin más vegetación que macilentos líquenes. En lo alto, algunos pinos asomaban sus copas: borrados los contornos por la niebla, semejaban espectros que movían los brazos para increpar a los marinos. No se encontró ni una mala almeja en la playa. Con bizcocho, aceite y pescado salado, se compuso un destetable comistrajo. D José Ruiz, el capitán, mandó distribuir una botella de vino de España y aunque tocó a dedal por barba, fué lo bastante para infundir un relativo bienestar. Formáronse grupos de conversación y de juego, apenas visibles en la densa humareda.

—*Me deja acercar al fuego, señor*, decía un soldado porteño a un paisano suyo —, *Acérquese, no más*, replicaba el otro; *no sea sonso.* —*Valdréme de su favor*, el primero, con toda la ceremoniosa urbanidad de su tierra, nunca abandonada en ningún trance.—Acercóse no más, y comenzaron una larga evocación de la remota y querida Pampa.—En otro rincón tres chilotes se jugaban la paga futura con naipes mojados. El mar iba embraveciéndose y de pronto una de las embarcaciones, cogida por la resaca, dió muestras de irse: lanzáronse todos a la carrera y con agua a la cintura metieron la canoa más adentro del ancón, tornando a su tertulia, bien así como los socios de un casinillo de pueblo vuelven a la suya después de haber salido a curiosear el vuelco de una carreta en la plaza,

—¿Le parece a V. que en estos parajes vamos a encontrar algún establecimiento inglés o chino? preguntó Ruiz a su alférez Mansilla.

Ni que estuvieran locos, repuso éste.

Amaneció, y algo se disiparon las nubes; las canoas enfilaron un paso donde a una y otra mano se abrían profundas y oscuras caletas; ánades de mil especies y pájaros bobos se alineaban en la playa; cerníanse en lo alto los buitres de cabeza blanca. Los timoneles no dejaban un momento la caña, en evitación de peligrosas guiñadas y Ruiz y Mansilla, juzgando que era ocasión de reposar un poco, bajaron a su cubil, que aquello no era camareta y requirieron el diario de a bordo. Bien tuvo que reir Beranger cuando leyendo en Chiloé el diario de ese no alabado viaje, topó con estas palabras ingenuas de Ruiz: *Mal sitio para naufragar. Ni peje ni marisco.*

THAT IS THE QUESTION

1766.

En el teatro Covent-Garden, de Londres, se cantaba la Opera de Cimarosa «Il matrimonio segreto» por la Todi y Tacchinardi. Las Gacetas y Mercurios de aquel tiempo describían el brillante aspecto de la sala; allí estaban Lady Hamilton con el peinado figurando un navío, última invención de la moda, Lady Cameron, maga de las brumas de Escocia, Mis Belinda, la hermosa hija de Richmond, Sir Percival Oakes, el viejo empedernido elegante que se obstinaba en resucitar la boga de la roquelaure o capa escarlata del año 40.

Habíase levantado la cortina, cuando a la puerta del teatro paró en seco la carroza del Embajador de España, Príncipe de Maserano: echáronse abajo los cuatro lacayos que iban en la zaga de abultado armatoste y su Excelencia entró como un rayo, porque es de saber, que era aficionado y llegaba tarde. En aquellos días, el Embajador de S. M. Católica, se veía obligado a andar con cien ojos, pero Maserano no era hombre a quien las imaginaciones artísticas en que iba envuelto le impidiesen por un momento la vigilancia.

Notó pues, que a su paso, unos oficiales que charlaban en el pasillo, dejaron la conversación; creyó reconocer a uno de ellos: ¿era un oficial del *Tamar*? ¿Y la frase *buena suerte* que había oído, no sería espejismo de su preocupación constante?

Maserano tomó asiento en su palco, bien persuadido de que ya le era imposible gozar sosegado el placer que se prometiera aquella tarde. La elegante música de Cimarosa, llegaba a su oído como un mosconeo: veía a Tacchinardi agitar los brazos, sin preguntarse qué sentimientos podrían ser causa de aquellas gesticulaciones. Atormentaba su memoria empeñándose en que le trajera las facciones del oficial del *Tamar*. Y es que, poco después de firmada la Paz entre Inglaterra y España, el *Delfín* y el *Tamar* habían zarpado misteriosamente con rumbo desconocido. Maserano supo que habían hecho desembarcos en la costa Patagónica y aunque lord Egmont, Jefe del Almirantazgo, aseguraba que la expedición tenía por objeto buscar unos náufragos, él sospechaba que lo que se iba buscando, no era sino un lugar de establecimiento adecuado para dominar el paso del Atlántico al mar del Sur, idea fija del gabinete inglés por aquellos tiempos. La alarma había cundido en Madrid y Maserano tenía orden de vigilar esos movimientos. Por inequívocas señales se iba persuadiendo de que el fin era apoderarse de las islas Malvinas y ha-

cerlas base de correrías por la ruta de las naves españolas. El Delfín y el Tamar habían regresado y a los pocos días una fragata de 40 cañones, llevando trabajadores y maderas para construir un fuerte, salía para los Mares Australes.

Cuando un fragoso aplauso acompañó al descenso de la cortina, terminado el primer acto, hubo de reconocer el Príncipe con harta sorpresa, que las intrigas del «Matrimonio segreto», habían pasado completamente desapercibidas. Entonces, como ahora, se estilaban las visitas a los palcos y dando una ojeada circular a todos ellos, pudo ver al Duque de Richmond en el palco de la vieja lady Dumbarton, viuda de un caballero que había andado por las embajadas de Rusia, de Francia y de España.

Era la buena señora locuaz y expansiva y hacíase la ilusión de tener mucho valimiento con los hombres políticos. Maserano corrió a saludarla con la esperanza de que su indiscreción le sirviera a costa del taimado Richmond. Acogido con las mayores muestras de cordialidad y agrado, terció en la polémica sobre la excelencia de Cimarosa y de Scarlatti. La señora ponderaba la de Cimarosa; el Duque era partidario de Scarlatti y a este propósito se expuso la opinión, entônces ya acreditada, de que el himno nacional *God save the king*, que se atribuía a Haendel, era obra del músico italiano.

Lady Dumbarton interrumpió la disertación erudita. —¿Es aquel oficial, Movat? Richmond, se hizo el sordo: Maserano miró furtivamente al patio. Pero la señora estaba ya en su elemento —No hay duda, aquel es Movat, el comandante del Tamar, de vuelta de su crucero; me lo presentaron en Plymouth; es un gentleman muy agradable; decidme, Duque, ¿se puede creer lo que por ahí aseguran de que en una de las tierras visitadas han hallado gigantes? Maserano aguzó el oído. El Duque renegando de las viudas diplomáticas, respondió negligente: —A eso fueron. —Milord Duque,—intervino el Príncipe afectando indiferencia—si el objeto de ese viaje era comprobar la existencia de los gigantes, lo más breve fuera pedirme noticias, como buen conocedor de todas las tierras de España. Richmond, frío y dominador de sus impresiones, por única vez en su vida, no supo contenerse y preguntó demasiado súbito: —*¿Pero todo el mundo es España?* Hubo un silencio embarazoso; los tres sintieron una vaga impresión de peligro; Richmond marcó una amable sonrisa y el Príncipe, muy risueño también, murmuró en el tono más trivial del mundo: —Todo el mundo no es España, pero aquello sí. En aquel momento un ángel, sin duda. introdujo en el palco al joven Dudley y su charla insustancial, serenó la cargada atmósfera. Apenas expiraba el último acorde de la Opera, nuestro Príncipe montó en su

carroza, subió de dos en dos los escalones de su morada de Kenninton Road y como le saliera al encuentro su secretario Mendiri, un vizcaino muy listo, que por listo y por vizcaino, pudiera a juicio de Sancho Panza, ser secretario del mismo Emperador.

—Mendiri, le dijo al paso: sígame V. Encerráronse en el despacho y Mendiri empezó a escribir: «*Excmo. Sr. Marqués de Grimaldi. Aranjuez. Excmo. Sr.: Preguntado el Duque de Richmond*»..

En su aposento de Aranjuez, una plácida noche de Junio, velaba Grimaldi descifrando papelotes, cuando le entregaron la carta de Maserano que abrió con avidez.

Cientos de ruiseñores cantaban en los erguidos olmos del Real sitio y la luna derramaba sus gasas en las pomposas avenidas. Grimaldi leía, y al dar con la pregunta de Richmond la repitió en voz alta y se quedó meditabundo. En ella no veía más que una impertinencia o una amenaza. Al correr del tiempo hemos desentrañado nuestra historia para ver si era tan mezquina como los de fuera nos decían y hemos caído en la cuenta de muchas cosas. La amarga pregunta de Richmond *es una clave*.

EL MAPA DE LOS GARBANZOS

1696.

El pilotín de la carrera de Acapulco y el patrón de la Galeota celebraban su encuentro al cabo de años mil, trasegando vinillo de España en una taberna de Guivam, y después de recordar vidas y milagros, cuando llegaron al capítulo de novedades, preguntó el de Acapulco por unos estrafalarios salvajes que había visto durmiendo a la sombra de una embarcación, en la arena; a lo cual satisfizo su compadre:

«Hará tres días que al amanecer acudimos a la playa, curiosos de lo que fueran unas grandes canoas que venían a tierra; llenos de asombro vimos saltar de ellas a una porción de sujetos melenudos con grandes barbas y vistiendo holgados capisayos. Te harás cargo del zafarrancho que se armó en un instante; marineros, soldados de artillería, pilluelos a cientos, indios hortelanos, el contador, el castellano y hasta los perrillos del mercado, rodearon a los aparecidos. Cata ahí, que esas dos viejas indias, que habrás visto en Guivam toda tu vida sin saber jamás de donde se han escapado, comienzan a vociferar y agitar los brazos, que los náufragos responden con semejantes aspavientos y que se abrazan todos derramando lágrimas.

Cuando se calmó la batahola, quiso el Corregidor saber de las

viejas, que ya han tenido tiempo de aprender el castellano, cuál era el motivo de ella y quiénes eran aquellas gentes: dijeron que eran paisanos suyos, naturales de unas islas que caen hacia levante; que sopla en aquelios mares un impetuoso viento que los hace desgaritarse muy a menudo cuando pasan de una isla a otra; que perdidos y hambrientos, había dado en la costa de Samar, donde espantados de verse entre hombres de otro pelaje y traza y recelosos de mala acogida, habían sentido inexplicable alegría al topar impensadamente con las dos brujas de su país que más de un cuarto de siglo antes cayeron allí de idéntico modo, suceso ya medio borrado en la memoria de los nacidos.

Con esto hay en Guivam fiesta larga y materia de parleta y ocurren lances muy curiosos. Son esta gente de una simplicidad notable: convidámosles a arroz y pensamos que se morirían de las arcadas que les dió un manjar para nosotros tan gustoso; la vista de una vaca les puso en desbandada: fuera de esto confiésote que se hacen querer: no son ásperos ni maliciosos, sino *gente muy alegre y festiva, de mucha urbanidad, de lindo talle, muy españolada y afable y humana.* Esta tarde los llevan a presencia de los misioneros y si quieres asistir a la ceremonia y entrevista, no tienes más que venir conmigo.»

Saliéronse los compadres del tugurio y una hora había pasado cuando vieron llegar a la casilla que la misión tenía en la playa, la delgada y austera figura del Padre Turzio y la inquieta y movediza del P. Clain, acompañados de varios notables: arrimáronse los amigos al corro que se formó al socaire de la casa, sentáronse los misioneros y en breves instantes acudieron los indios, avisados por un diligente rapazuelo. Eran más de veinte personas, entre las cuales una muchacha no mal parecida; todos de buena presencia: ¡pero válgame Dios, cual se habían parado!, en señal de gala y de respeto, traían las caras embadurnadas con una espesa y goteante pintura amarilla y hacían una ridícula visión.

Turzio los recibió con cristiana lástima y por medio de las viejas les preguntó cuál era su patria--Contestaron que era un archipiélago lejano y que vivían sometidos a un rey—¿Vuestro pueblo es muy numeroso? inquirió el padre—y uno de ellos, agachándose a coger un puñado de arena lo esparció al viento.—Diles que nos den razón de los nombres y situación de las islas—y enmedio del silencio y de la intensa curiosidad de los circunstantes, se destacó el más autorizado y dejando en el suelo una grandísima llave de hierro que le habían regalado y jamás abandonaba, colocó encima de la mesa una almorzada de chinitas de la playa. Todos apretaron el círculo y

alargaron el cuello. Nuestro hombre puso una piedrecilla y dijo una palabra revesada - *Amorsot*—cogió otra chinita y tras ligero titubear—la orientó no lejos de la primera exclamando—*Lamutrec*—Espera, dijo el P. Clain asiéndole la mano—.Sacó papel y tintero de la casilla y ordenó a las intérpretes que continuasen la enumeración.

Siguió el indio colocando chinitas: algunas veces el situar una isla requería consulta entre ellos: una vez la duda fué más sensible y de la segunda fila salió una mano que cambió la posición respectiva de dos piedras, y a todo esto seguían sonando unos nombres bárbaros que hicieron exclamar al de Acapulco al oído de su compañero: «Compadre, esto parece lo que mi abuelo llamaba *Bernardinas*».

En fin, quedó la operación terminada y el P. Claín, consultando su papel, hallóse con un mapa originalísimo donde ochentas islas se veían representadas con sus nombres, situaciones y distancias, aunque no con sus magnitudes proporcionadas.—Lindo mapa de garbanzos, ha hecho vuestra paternidad, dijo el de Acapulco.

El P. Turzio quiso dirigir a aquellas pobres gentes algunas palabras de consuelo y los infelices pidieron su venia para celebrar con danzas la alegría que en ellos había infundido.

Las danzas fueron un lastimoso espectáculo,por manera que algunos hombres rústicos empezaron riéndose de ellas y terminaron por seguir las mudanzas con tedio y amargura. El principal o jefe cantaba una estrofa a solo y el coro la repetía con violentas actitudes y muecas: al decir de las traductoras, el poeta músico improvisaba una relación de sus aventuras y de su llegada al país de los hombres que lo saben todo.

Este mapa de garbanzos, como dijo el piloto, fué presentado a S. S. el Papa y a los Reyes de Francia y España; podeis suponer dada su imperfección, los difíciles trances en que puso a los marinos que, valiéndose de él, mandó Felipe V a la descubierta de esas islas de los Garbanzos, que así se llamaron mucho tiempo, hasta en papeles de gobierno, las Carolinas Occidentales.

Ramón de Manjarrés

———

RELIGIOSOS SEVILLANOS
QUE SE DISTINGUIERON EN LAS INDIAS

Hemos dicho en varias ocasiones, y ahora lo repetimos, que Extremadura y Andalucía, y de esta especialmente Sevilla y su provincia, fueron de todas nuestras regiones, las que más contingente y más lucido dieron a la emigración a ultramar durante la interesantísima época de la conquista y colonización de la América española. Estudiando los libros que de las mismas tratan, puede apreciarse cuán cierto es lo que hemos expuesto, robusteciéndose aún más nuestra afirmación si se repasan algunos inexplotados archivos nacionales que contienen documentos, hasta hoy desconocidos, sobre aquellos valerosos campeones que en barcos defectuosos se atrevían a lanzarse a los mares llevando la luz bendita de la civilización a ignotos paises.

Por regla general, se han ocupado más los historiadores de los guerreros que de los frailes que estuvieron en las Indias, y justo es también exhumar para que sean conocidos y se aprecien en su verdadera importancia, los servicios relevantes que prestaron los heroes de la Cruz, los humildes y virtuosos religiosos que pletóricos de fe, sin albergar en sus pechos, como les sucedía a la mayor parte de los capitanes y soldados, ambición de subir o de hacerse de riquezas, marcharon al Nuevo Mundo guiados por el ideal sublime de convertir al Cristianismo a los indios. sin aterrarles la empresa sembrada de sinsabores y expuesta a muchos peligros, en la que coronaron no pocos con la palma del martirio su vida austera y ejemplar.

Las misiones españolas en América, los mismos enemigos del catolicismo lo reconocen, son un timbre de gloria para nuestra Patria que nadie que conozca la historia se atreverá a negar.

Poseo un caudal bastante grande, de apuntes relativos a sacerdotes regulares extremeños que en las Indias se señalaron, y también guardo buen número de notas sobre religiosos sevillanos entre los que se destaca la gigante figura del P. Las Casas, del que quizás en otra ocasión me ocupe con la extensión y detenimiento que merece tan benemérito prelado. Hoy dedicaremos breves renglones a los siguientes hijos de la Atenas española.

Nicolás Oval, mercenario.

Teólogo eminente, hombre de extensísima cultura, de talento exhuberante y de grandes virtudes fué el P. Oval, el cual gozó dentro de su Orden de legítimo prestigio, y en el Perú donde pasó los mejores años de su existencia, le quería y le veneraba todo el mundo.

Siendo muy mozo vistió el hábito de la Merced destinándosele al poco tiempo a Salamanca, en cuya ciudad se consagró al estudio con fe, con entusiasmo por nadie superado. Fué allí su principal maestro el P. Zumel, más tarde General de su Orden, el que conociendo bien pronto lo que prometía su discípulo le profesó singular afecto.

El genio aunque tropiece con dificultades las salva y si el P. Oval en lugar de haberse consagrado por completo a Dios hubiera sido ambicioso pronto habría escalado altos puestos, pues la fama de su valía no tardó en traspasar el reducido espacio de su celda, y ser solicitada su cooperación para un alto puesto; por obediencia se vió precisado a marchar al Perú donde se deseaba con gran interés que se encargara de una de las cátedras, la de teología, de la Universidad de Lima, la cual desempeñó más de veinte años.

Las misiones le atraían, y así como el guerrero de raza radiante de júbilo abandona su hogar para correr pletórico de bélico entusiasmo a los campos de combate, él, voluntariamente, y por eso es más loable su conducta, dejó el honroso puesto que desempeñaba para ir a predicar las grandezas de la religión del Crucificado.

Hay autores que aseguran que desempeñó varias veces el elevado puesto de Provincial de su Orden en el Perú; pero este extremo no he podido comprobarlo.

El P. Oval floreció en la segunda mitad del siglo XVI.

Francisco Loperio, franciscano.

Pertenecía, según afirman los historiadores, a una noble familia.

Desde los primeros años de su vida se manifestó su decidida vocación por vestir hábitos religiosos, a juzgar por la edad que tenía, diez y siete años, cuando tomó en la provincia de Granada los de la Orden de San Francisco.

Su clarísima inteligencia, a la que avaloraba, según consigna la Crónica de su Orden, una sólida ilustración, sus grandes virtudes, su valor a toda prueba, que valor grande se necesita para exponiéndose a todos los peligros predicar a los salvajes la religión, brillaron en Méjico a donde parece ser que, en la flor de su vida le destinaron, seguramente, a petición propia.

Con elocuencia, con esa elocuencia divina que sólo puede tratar de la convicción firmísima de lo que se dice, exhortó en la capital del que fué vasto imperio de Motezuma a los indios para que abrazaran la religión cristiana, la más poética, la más sublime, la verdadera entre todas las conocidas, hasta que se le presentó ocasión de encaminarse con el mismo propósito a apartados lugares. Su hermano de Orden el P. Agustín Rodríguez, noticioso que había hacia el norte de Méjico muchos indígenas a los que se debía intentar enseñarles las verdades dogmáticas, comunicó a sus superiores sus deseos de marchar allí, y estos accedieron desde luego a la demanda uniéndose a aquel guerrero de la fe los P.P. Loperio y Juan de Santa María, a los que se les concedió una escolta para que los protegieran.

En esa misión halló el P. Loperio la muerte. Estando un día predicando a los salvajes, de pronto observó que varios de ellos estaban riñendo y trató de impedirlo dándoles sanos consejos: mas cual no sería su sorpresa al verse de pronto acometido por los que luchaban, los que cruelmente le asesinaron.

Vivió el P. Loperio en la segunda mitad del siglo XVI.

Cristóbal de Lugo, dominico.

Tan humilde fué su cuna como grande su talento y sus virtudes.

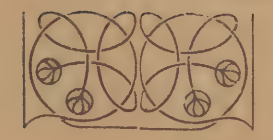
Su juventud fué bastante borrascosa, hasta que un día sinceramente arrepentido de sus calaveradas quiso poner fin a ellas y seguir la senda de la virtud dentro de la ilustre Orden de Santo Domingo, prueba evidente de que la semilla que sembraron sus padres en su corazón, cuando era niño, no había caido en tierra estéril. En 1547, previa la debida preparación de la que estuvo encargado el P. Gonzalo Linero, ilustre andaluz que prestó eminentes servicios al catolicismo en Nueva España.

En Méjico gastó su talento y su vida en holocausto de la religión el P. Cristóbal de Lugo. Su cálida palabra cantó las grandezas de la religión, y su vida, desde que se hizo dominico, fué limpio espejo en el que todos podían mirarse. Entre todas las bellas cualidades que le adornaban sobresalía la modestia, no obstante ser un hombre de reconocida ilustración y no menos capacidad.

Más de veinte años consagrados al bien le harían alcanzar con toda seguridad, un puesto en la mansión de los Justos.

ANTONIO DEL SOLAR

Correspondiente en Badajoz.



DOCUMENTOS

REFERENTES A LA VILLA DE GUADALCANAL

II

CONCORDIA ENTRE LAS ENCOMIENDAS DE GUADALCANAL Y REINA

Sepan quantos este Publico Instrumento vieren como nos los Concejos Alcaldes Aguazil y Rexidores e caballeros escuderos y oficiales y hombres vuenos de las villas de Guadalcanal e Reyna e las Casas e la fuente del arco e Balverde y Berlanga y los Ayllones e tras sierra lugares de la villa de Reyna para razon que vos el dicho Concejo e hombres Buenos de la villa de Guadalcanal teneis y poseheis por vuestro e como vuestro un pedazo de tierra de termino quese llama el campo de Guadalcanal que es como se dize desde la sierra que esta de la otra parte de San Julian hacia la fuente del Arco que es encima del canto del Arroyo mas fondo que dizen de la dicha sierra de la otra parte del Donadio contra dicho Lugar y el Arroyo avajo que dizen de los Nogales el Arroyo de los Molinos que dizen de la Torrecilla y el Arroyo abajo a dar al Rio del dicho Sotillo y el Arroyo abajo hasta dar el camino que va de Guadalcanal a Azuaga donde ayuso el rio abajo a dar a otro camino que va de Alanis a la dicha Azuaga Del qual dicho termino Vos el dicho Conzejo de la dicha villa de Guadalcanal teneis e aveis por vuestra Dehesa Dehesada e privilexiada por Privilexio e merzed que vos fue fecha por el Infante Don Enrique Maestre que fue desta orden de Santiago Confirmada por el Maestre de Santiago Nuestro Señor Don Juan Pacheco en el qual dicho termino e campo asi como dize del camino que va de la villa de Guadalcanal a la dicha villa de Azuaga e vuelve por el dicho arroyo de sotillo arriba hasta el dicho donadio y tierras suya y sierras Y nos los dichos Concejos de la villa de Reyna

y Lugares de su encomienda susodichos en esta parte del Decimos que aviamos porque comer e pazer con nuestros ganados guardando las otras Dehesas que son en el dicho termino propias nuestras que dizen de erederos llamados de de la Dehesa de Santa María e Plasencia la torrecilla e la Dehesa de la Zarza suso declarada que vos el dicho Conzejo de la villa de Guadalcanal Deciades e dezis que non aviamos porque comer ni pacer con nuestros ganados el dicho termino que se dize del campo ni en parte del guardando las Dehesas dichas por quanto vos dezis ser vuestro el dicho termino e lo aver e tener demas de las otras Dehesas dichas por dehesa dehesada e previlexiada e por virtud de los dichos Previlegios e mercedes nos prendabades e mandabades prendar nuestros ganados asi pena de ganados como de dineros y llebandonos las dichas penas e sobre ello queriamos hacer Pleito e contienda con vos el dicho Conzejo de la dicha Villa de Guadalcanal e porque crehemos que teneis Derecho e razon en lo que podedes dezir que bimos buestros Previlexios e merzedes por nos quitar de los dichos Debates e guardar la vuestra vecindad e amistad del tiempo antiguo hermandad que de luengos tiempos entre nos fue avida e vos plogo vos combenir con nos e a nuestro ruego en cierta parte del dicho vuestro termino de vos dar lugar entrasen nuestros ganados a pazer comer e vever las Aguas quedando en su fuerza e vigor vuestros previlexios e merzedes que avedes e tenedes e que por esta dicha convenencia e Iguala que a nuestro ruego nos haceis que vos hecistes del vuestro termino y propiedad y señorio que del aveis e teneis ni los dichos vuestros previlexios derogais ni merzedes mas estas quedando en su fuerza e vigor nos los dichos Conzejos de las dichas villas de Guadalcanal e Reina e Lugares de su encomienda de suso declarados e nombrados Otorgamos y conocemos que somos combenidos e Igualados en esta Guisa que vos el dicho Conzejo de la villa de Guadalcanal nos deis lugar en el dicho vuestro termino junto con el nuestro para que los dichos nuestros Ganados puedan entrar a pazer e vever las Aguas en cierta parte del ansi como se dize desde una Caleruela que esta hecha como el hombre viene por el camino de Azuaga que va a la villa de Guadalcanal y paso a Ventosilla endel arroyo de abajo de la fuente de ventosilla e dende a la caveza del Alcornal derecho del lomo arriba

a dar a las eras de Juan Peres que son a la voca de Baljondo e dende derecho a una enzina que esta en el lomo del Bajondo que son entre lindes de las tierras de Gonzalo Lopez e de Alonso hernandez Degollado dende derecbo a otra enzina cortada e va a dar a la fuente de los gallegos e vnas tierras de la tasaja e derecho a dar a el cerro riscoso e dende derecho a otro risco que esta en vnas tierras que fueron de Juan Paez e dende a media ladesa a otro risco gordo redondo que esta en vna tierra que fue de Juan Sanches Galbez e dende derecho a otro mojón que estajen vn Villarejo que esta en dicha tierra de Galbez e de ay a otro mojón que esta en vna retamera que es vna tierra que fue Gonzalo hernandez yerno que fue de Pedro Garcia de Ramos García e dede notro Villarejo e dende otro mojón que esta en una tierra de Martin lopez e dende a dar a el Arroyo de la Jineta en vna varranquera que esta en el dicho Arroyo de la Jineta donde da el regajo que viene del camino de la Jara a el Arroyo de la Jineta arriba a donde junta el Arroyo de la Canaleja con el de la Jineta e dende el lomo arriba de las tierras de Diego Alonso hijo de Juan Alonso a dar a las eras de Galves y de ay a dar a un cerro Pedregoso que esta enfrente de la Guerta de la Jineta como viene de vna Linde derecha hacia arriba por las tierras de Domingo Lopez Derecho a el cerro de las tierras de Estiban hernandes a dar al camino de Llerena el de abajo que viene a la villa de Guadalcanal donde da el regajo de los camelos que vuelve a el camino contra la villa de Llerena hasta el regajo que viene por las tierras de Juan Gonzales Rico y el regajo arriba como dizen por el valle de Valjondo a dar a la linde de las tierras que fueron del vachiller Pedro Sanchez. En este vuestro Dicho termino de suso Deslindado que podramos entrar con los dichos nuestros ganados a Pazer e vever las Aguas que en el estuvieren e porque en el al tiempo del Verano falleren las Aguas que demas de lo susodicho declarado que podamos entrar en el dicho vuestro termino a vever el dicho tiempo de verano con nuestros ganados a el arroyo de la Jineta arriba hasta el de la Canaleja y el dicho arroyo de la Jineta arriba hasta el dicho horcajo en vn tiro de Piedra junto a el de una parte e de otra de dicho arroyo hasta donde va limitado entrando y saliendo con el dicho nuestro Ganado a lo avrevar en el dicho Rio guardando todavía las dichas nuestras Dehesas antiguas suso nombradas que dizen de los dichos erederos e los Panes e los

Linos e las otras semillas que estuvieren sembradas cerca del dicho Arroyo de vna parte e de la otra e este lugar que nos dais en el dicho vuestro termino se entienda que vos desistis de la propiedad y señorio que en el aveis e teneis ni mucho ni menos derogareis los dichos vuestros Previlexios mas estos quedando en su fuerza e vigor ansi mismo moderando las Penas que se an de llevar a las Personas e vecinos e moradores nuestros que pasaren con sus ganados de los dichos limites e mojones de dentro sin vuestra lizencia que pague en pena por la manada de las obejas e carneros e cabras e Puercos de sesenta arriba de dia treinta maravedis y De noche sesenta maravedis Y de la manada de las vacas e vueyes e Yeguas de veinte arriba que pague de Dia treinta maravedis e De noche sesenta maravedis e dende avajo pague dos maravedis de cada Res mayor e de las menores de cada Res una blanca de dia e de noche doblado Y si los dichos ganados se entrasen en las otras Dehesas de los dichos Erederos suso nombradas y declaradas que pague las Penas que antiguamente de ellas se solian llebar a los qne no son vuestros vecinos—Y ansi mismo porque abia otra diferencia entre algunos vecinos nuestros e buestros sobre las Aguas del Arroyo del moro porque el rio es de por medio y se siembran Linos de las Partes o de otras porque antiguamente al-

Por la copia,
ANTONIO MUÑOZ Y TORRADO

(Continuará)



EL MAESTRO DIEGO GIRÓN

(Estudio de crítica bio-bibliográfica.)

I

La innovación en el gusto literario que causó en Italia e genio inmortal de Dante, influyó poderosamente en la lírica se villana, si postrada en los comienzos del siglo catorce, deseosa d resurgir al finalizar aquella centuria.

Introducida en España la innovación italiana, toca a Sevilla la Atenas Española del siglo de oro de las letras patrias y l Minerva Bética de los antiguos tiempos, la gloria de ser el luga en que aquella influencia se mostró por modo más eficaz y evi dente.

Micer Francisco Imperial, genovés residente en Sevilla po los años de 1390 y siguientes, poeta excelentísimo, conocedor co mo pocos de su patria lengua, admirador de los poetas italianos y entre todos y presidiéndolos a todos, del vate florentino que le vantó el monumento literario que separa como jalón de oro l edad media de la moderna, logró su intento de crear una nueva escuela española a la cual adaptó la transformación operada en la forma poética italiana, no obstante el empeño que de contrario pusieron los muchos ingenios apegados a las formas literarias tradicionales y, singularmente, los mantenedores de la escuela didáctico-simbólica.

Micer Francisco Imperial introduce en España la alegoría dantesca, y en sus imitaciones de la Divina Comedia señala los primores y exquisiteces que halló en la poesía del Dante; mués tralos a los poetas españoles e invita a éstos a que entren por el

camino que les señala. Su consejo fué atendido y su ejemplo imitado.

Lejos nos llevaría el estudio de aquella innovación en las le tras españolas. Cumple sólo a nuestro propósito indicar que los poetas andaluces, y en especial los sevillanos, por su temperamento, por su herencia literaria recibida de seis siglos de dominación árabe, y por el espectáculo magnífico, presente siempre a sus ojos, de una naturaleza espléndida, no tardaron en sentir por la literatura dantesca admiración análoga a la que sintió Micer Francisco Imperial, y se aplicaron a cultivarla con vivo empeño y fervoroso entusiasmo. Acreditanlo así, entre otros peregrinos ingenios sevillanos, Diego y Gonzalo Martínez Medina, Fray Diego de Valencia y Ruy Paez de Ribera, el más caracterizado de estos primeros poetas a lo italiano.

Continuó la escuela alegórico-dantesca extendiéndose durante la primera mitad del siglo décimoquinto, merced a la protección dispensada por los monarcas, singularmente Juan II, a los trovadores; llegando a ser aquella literatura, no como en los comienzos, patrimonio exclusivo de ingenios preclaros, sino del dominio del pueblo; volviendo a languidecer durante el reinado de Enrique IV, porque las luchas intestinas, las pasiones políticas, influyen poderosamente en la cultura general de la nación, y esta cultura se refleja en la poesía. Cierto que florecen entonces cantores dulcísimos como Jorge Manrique, pero fueron los menos y en número muy escaso. Empero una vez más había de resurgir la lírica española, y así aconteció con el advenimiento de los Reyes Católicos.

Intenta Boscán sacar la poesía española del estado de abatimiento en que había caído, e imitando la versificación italiana, adopta la combinación métrica del verso de once sílabas con el de siete. Pero Boscán no completó la obra. Quedó para el tierno y delicado Garcilaso la gloria de realizarla, mereciendo por ello el dictado de «príncipe de la poesía española»; como quedó para Fernando de Herrera la de perfeccionar el lenguaje poético, dándole el sello de majestad y la elevación que constituyen los timbres nobilísimos de la escuela poética sevillana.

Claro es que ni los esfuerzos de Micer Francisco Imperial, ni los empeños de Boscán y Garcilaso hubieran bastado para que la

poesía italiana, ya por la escuela dantesca, ya por la escuela petraquista, influyese con eficacia en el gusto poético español, a no concurrir circunstancias que, acercando el pueblo italiano al nuestro, trajesen a éste la cultura literaria de aquél.

Lo que hemos indicado en brevísimas líneas tiene perfecta aplicación al estado de la poesía en Sevilla, donde se significaron con relevantes caracteres los periodos de decaimiento y los de exaltación. No obstante haber nacido en aquella ciudad, a impulsos de Micer Francisco Imperial, la escuela dantesca española, la decadencia de la poesía llegó a su extremo en la última mitad del siglo décimoquinto. Quiso, a fines de aquel siglo, Antonio de Nebrija, poner remedio al mal, comenzando por el estudio del latín y de los clásicos, y siguiendo por el de la lengua castellana; y aunque su estancia en aquella ciudad fué breve, no pasó de tres años, su doctrina germinó como semilla arrojada en fértil suelo. Fúndanse Academias como las de Pedro Fernández y Hernando Infantes, y se explican Humanidades; estúdianse los autores griegos y latinos, y se echan los cimientos al estudio de la lengua y de la gramática castellanas; pero no se enseña a hacer versos siguiendo la pauta trazada por Boscán y Garcilaso. No faltaban entonces en la «Ciudad del Betis» versificadores: acontecía todo lo contrario, si hemos de dar crédito a lo que afirma el racionero Porras (1): «porque en aquella Ciudad todos desde el Asistente (Conde de Monteagudo), hasta el verdugo» habían dado en lo que pudiéramos llamar monomanía de la versificación; pero lo hacían tan mal, que diputaban por las mejores coplas las escritas por el estilo del cancionero de Hernando del Castillo (2), y por engendros de fantasía enferma los versos que recordaban los del Dante y los que seguían por el camino abierto por Boscán y Garcilaso. Estudiábanse los clásicos, pero no se armonizaba el conocimiento de la Humanidades con el arte de hacer versos a la usanza italo-española. A realizar esa armonía, ese maridaje de la forma clásica con el nuevo espíritu infiltrado por Boscán y Garcilaso, vinieron los preceptistas sevillanos de la segunda mitad del siglo décimo sexto, nutridos del estudio de las

(1) Manuscrito de la Biblioteca Colombina de Sevilla.
(2) R. Marín.—Luis Barahona de Soto. Madrid, 1903.-pág. 125

Humanidades y escribiendo a la manera de aquellos eximios poetas.

Entre esos preceptistas educadores de la juventud, que luego levantó a notable altura la escuela poética sevillana, sobresalen y a todos presiden Francisco de Medina, Juan de Mal-lara y Diego Girón, merecedores, a no dudar, del título de «Maestro», que les otorgaron sus contemporáneos y la historia de nuestra literatura ha conservado con tanta gloria como veneración.

Investigar pormenores de la vida del maestro Diego Girón, envuelta hasta ahora en la más completa obscuridad, a despecho de los alardes de erudición de algún que otro crítico; dar a conocer su significación en las letras sevillanas, y reseñar las obras de aquel excelentísimo maestro y poeta, es el intento que preside a la redacción de este trabajo.

II

Dos cuestiones importantísimas surgen al comenzar el estudio biográfico del maestro Diego Girón: la una relativa al lugar de su nacimiento: referente la otra a la fecha en que éste aconteció. De ambas nos proponemos tratar con la detención necesaria para rectificar conceptos, no para fijarlos: que no ha sido tanta nuestra fortuna al inquirir por archivos y bibliotecas, como para definir puntos capitales de la vida de aquel ingenio, puntos que, contra el parecer general, por primera vez ponemos en tela de juicio.

¿Dónde nació el insigne poeta y humanista, colaborador con Francisco de Medina y Juan de Ma-lara en la obra de difundir la cultura literaria en la Metrópoli Andaluza? Si para contestar a esta pregunta atendiéramos al decir de los autores, concluiríamos afirmando que el maestro Diego Girón nació en Sevilla. Abonan este aserto el docto arqueólogo e historiador Rodrigo Caro, el erudito escritor Gómez Aceves y el autor de la «Historia y juicio crítico de la escuela poética sevillana en los siglos décimo sexto y décimo septimo», D. Angel Lasso de la Vega y Argüelles: el primero, de un modo implícito al incluir a nuestro biografiado en la obra «Claros varones en letras naturales de Sevilla», y los otros

dos de un modo expreso; Gómez Aceves en un simulacro de biografía (carta dirigida a una señora, inserta en la «Revista de Archivos y Bibliotecas de Andalucía», (1) y Lasso de la Vega en su citada obra (2), copiando a Gómez Aceves, quien a su vez copió al insigne arqueólogo utrerano.

Ni otros escritores se han ocupado en la biografía de Diego Girón, ni los que lo citan, siempre con encomio, han aventurado la especie de que no fuera sevillano. ¿Lo fué ciertamente? ¿Bástanos para afirmarlo así el testimonio de Rodrigo Caro, dado cerca de un siglo después del nacimiento de aquel maestro, sin dato cierto, ni documento auténtico que lo confirme? Si el hecho de que Rodrigo Caro incluyó entre los claros varones de Sevilla a Diego Girón es prueba plena de que el insigne humanista nació en la Ciudad del Bétis, ¿no lo será de que en otras tierras, no en las que riega el Guadalquivir, abrió los ojos a la luz de la vida, el hecho de que Arana de Varflora, que escribió después de Rodrigo Caro y en vista de la citada obra de aquel sabio sacerdote, no lo incluyó en su libro «Hijos de Sevilla ilustres en Santidad, Letras, Armas, Artes y Dignidad»? No basta el dicho de Rodrigo Caro, sin confirmación documentada hasta ahora, para tener por inconcuso que Diego Girón nació en Sevilla; como carecen de todo valor los que, copiando a aquél, asientan Gómez Aceves y Lasso la Vega. Quizá se nos arguya, en defensa de Rodrigo Caro, con el soneto que Juan de la Cueva dedicó a Diego Girón cuando éste tomó a su cargo la lección del estudio del autor de la «Filosofía» (3); pero si bien se considera, ni de la letra ni del espíritu del indicado soneto se infiere que Diego Girón fuera sevillano. Canta Juan de la Cueva la gloria del Bétis, porque bebe de sus ondas un joven eminente de ingenio y letras, y añade:

—«Recibe, oh patria, al docto hijo amado
Porque él te llevó del hado crudo
El dispensar que en tal dolor te ha puesto»—

---

(1) Sevilla.

(2) Madrid 1871.

(3) En el epígrafe de este soneto no se dice que Diego Girón es «sevillano», como alguien afirma.

Hijo amado llama Juan de la Cueva a Girón, refiriéndose a la patria que invoca, que no es otra que España, puesto que, al comenzar el soneto, dice:

«Bien puedes, padre Betis generoso,
De laurel coronar la ibera frente» —;

sin que haya razón alguna para referir a Sevilla la gloria de haber nacido en su recinto el maestro Diego Girón. Pero dando de barato que la patria invocada por Juan de la Cueva fuese Sevilla, e hijo de esta Ciudad llamara al joven que sucedía a Mal-lara en la Academia, ¿no es sabido que en Letras y en Ciencias atiéndese para fijar la patria de los ingenios, más al lugar en que nacieron a la vida de las Ciencias o de las Letras, que a aquel en que abrieron sus ojos a la luz del día?

Sin entrar en otro linaje de consideraciones, parécenos que no es bastante el testimonio sigular de Rodrigo Caro, desnudo de toda documentación, para que asintamos a la especie, vertida ha más de dos siglos, de que Diego Girón nació en Sevilla; especie hasta ahora no contradicha, cierto, pero hasta ahora no comprobada.

No debemos pasar en silencio, y valga por lo que valiere, que el célebre Francisco Pacheco, tan excelente pintor como poeta, en su «Libro de descripción de verdaderos retratos de ilustres y memorables varones», entre los cuales da preferente lugar por el número a los ingenios sevillanos, no incluye a Diego Girón, si bien lo elogia en más de un pasaje (1). Importa consignar también que D. Justino Matute y Gaviria, erudito sevillano que floreció en los comienzos del siglo pasado, lo menciona en su obra «Adiciones y correcciones a los hijos de Sevilla ilustres en Santidad, Letras, Armas, Artes y Dignidad, de D. Fermín Arana de Varflora» (2), impreso por primera vez en 1885; pero ni dá otras noticias que las que registró Rodrigo Caro, ni en orden a su naturaleza hace más que copiar algunos versos latinos que Girón dedicó a

(1) Publicado por el entendido cervantista D. José Asencio y Toledo, a cuya diligencia se debe el hallazgo de este precioso libro.
(2) Sevilla.—Imprenta de E. Rasco.

Fernando de Herrera, de los cuales no se infiere que fuera Sevilla su ciudad natal.

Por lo demás, parécenos que Matute y Gaviria procedió muy de ligero al hacer la adición a la obra de Arana de Varflora, quien al tener a la vista la obra de Rodrigo Caro y omitir el nombre de Diego Girón, que figuraba en la del esclarecido arqueólogo, claro dió a entender que aquel maestro no era hijo de Sevilla.

Dícenos el Sr. Gómez Aceves (1), que los padres de Diego Girón fueron pobres y cristianos; pero, ¿quienes fueron sus padres? ¿En cuál documento encontró los nombres de aquéllos, o referencias por donde llegar a averiguar sus condiciones? Doloroso es confesar que todo el aparato de biografía, levantado por el señor Gómez Aceves, viene a tierra al más ligero soplo. Ignórase quienes fueran los padres de nuestros biografiado; ignórase asimismo el lugar y la fecha del nacimiento de éste; y añadiremos que, empeñados nostros en dar con la partida de bautismo de Diego Girón, hemos registrado escrupulosamente los archivos eclesiásticos de Sevilla, sin haber logrado nuestro intento.

¿Qué mucho que dudáramos de que el maestro Diego Girón nació en Sevilla, y que, dudando, encaminásemos nuestras investigaciones por otros caminos que los seguidos por únicos biógrafos de aquel ingenio, los citados Gómez Aceves y Lasso de la Vega, cuya tarea en este punto se concretó a copiar servilmente al docto historiador de la ciudad de Utrera? Nuestra diligencia en los archivos notariales de Sevilla nos deparó el hallazgo de un documento, dato precioso para la biografía que bosquejamos (2). Inférese de este documento, que Diego Girón, en la fecha en que lo otorgó, poesía bienes no escasos en la villa de Jerez de los Caballeros, en Extremadura. Y ocurre preguntar, ¿de quién obtuvo esos bienes? ¿Se los deparó la enseñanza de las Humanidades? ¿Los adquirió con el producto de su trabajo? No nos inclinamos a una contestación afirmativa: sobre que la enseñanza de las letras no deparó en España en aquel entonces, ni depara hoy, bienes de fortuna, parécenos extraño que Girón invir-

(1) Loc. cit.
(2) Véase el Apéndice número primero.

tiese el fruto de sus trabajos en fincas que radicaban muy lejos de Sevilla y cuya administración había de ocasionarle gastos y dispendios. ¿Los recibiría acaso de su primera mujer? En el documento de que tratamos no se expresa la procedencia dotal de los bienes, ni se inserta la correspondiente licencia para su enajenación. ¿Los aportó su segunda mujer al matrimonio? Menos admisible es esta hipótesis; porque en la fecha del otorgamiento del documento, Diego Girón no había contraído segundas nupcias (1), y, a mayor abundamiento, declaró en su última disposición testamentaria que no había recibido dote de su segunda mujer (2). ¿Los heredaría de sus padres? Más verosímil es este supuesto; no siendo aventurado sospechar que, oriundos aquellos de Jerez de los Caballeros, él nació en esa villa, de la que pasó a Sevilla para dedicarse al estudio de las Humanidades. Quizá desecharíamos por inadmisible esa hipótesis, a no haber ido más allá en nuestras investigaciones. Porque, a la verdad, que el maestro Diego Girón poseyera bienes en éste o en el otro lugar, no es el dato concluyente que buscamos para fijar el punto de su nacimiento. Fruto de aquellas investigaciones fué el hallazgo de otro documento importantísimo: una losa sepulcral, existente en la Parroquia de Santa María de Jerez de los Caballeros, en la cual se consigna que Diego Girón murió el año de 1575 (3). ¿Se referirá esta inscripción al padre de nuestro biografiado? Nos inclinamos a creerlo, teniendo en cuenta la igualdad de nombre y apellido, y el hecho de que a contar desde aquella fecha nada encontramos en la historia de Jerez de los Caballeros que se refiera a la familia Girón; cosa muy natural si se atiende a que el maestro de Humanidades, de que tratamos, muy joven estudiaba en Sevilla, en Sevilla contrajo primeras y segundas nupcias y en Sevilla falleció en edad no avanzada, y, últimamente, que el documento en que Girón dispone de sus bienes de Jerez, está otorgado en fecha posterior a la expresada en la losa sepulcral.

LUIS MONTOTO DE SEDAS
Correspondiente en Barcelona.

(*Continuará*).

(1) El documento se otorgó en 1583, y él casó segunda vez en 1589 (Documentos primero y segundo del Apéndice primero).

(2) Documento tercero del Apéndice primero.

(3) Documento cuarto del Apéndice primero.

LA HISPÁLICA

POR

LUIS DE BELMONTE

(CONTINUACIÓN)

Poema inédito del siglo XVII

PUBLÍCALO D. SANTIAGO MONTOTO

Pondrá sobre las torres eminentes
del hispálico muro el pendón santo,
sin que de Agar los fieros descendientes
huyan el rostro al amarillo espanto;
aunque de nobles muertes diferentes
que sienta el Betis con eterno llanto,
será la causa un monstruo en sangre tinto,
más fiero que lo tuvo el Laberinto.

Éste es aquél que con herradas proras,
y gente foragida en daños diestra,
rompiendo los cristales que atesoras
daba de su crueldad, robando, muestra:
dió muerte a Alife cuya ausencia lloras
Libia con el dolor que al alma adiestra,
para gemir su inopinada muerte
que entre victorias la fortuna advierte.

Escapóse del mar del hierro y fuego
que por daño mayor lo guarda el hado,
el bruto Argano por Celaura ciego,
en sus galeras de su copia armado;
y sin que importe de su gente el ruego,
para que su escuadrón desbaratado
busque en el libio mar, al punto ordena
cambiar a España la cruzada entena.

Sufrió procesa en este puerto mismo,
y huyó piezas todo casco bruto
los bárbaros arroja al franco abismo,
sin que ninguno toque el suelo enjuto;
sólo un cautivo que gozó bautismo
y el monstruo fiero en el peligro astuto,
tierra pisaron en distante orilla,
cuando el viento voraz su fuerza humilla.

Heraclio a manos de Axataf furioso,
el alma desató porque la suerte
dió a los pastores en tropel copioso,
cargo de su prisión y de su muerte:
Argano de salud más codicioso,
oculto la razón de guerra advierte,
por merecer más bien la bella infanta
suyo pastor que a Polifemo espanta.

Así habló, y el coro femenino,
despreciando èl temor del yugo hermoso,
a su alcázar, se vuelve, alabastrino,
con pie de nieve, pero más precioso:
procuran esconder el peregrino
semblante, cuanto bello peligroso;
en la luz se conocen las estrellas
y en el recogimiento las doncellas.

La que se guarda al escogido esposo,
humilde, honesta, limpia, casta y pura,
el rostro esconde cuanto más hermoso,
porque es muy liberal la hermosura:
no afirmo que el perderte es ya forzoso,
pero que el no perderse es gran ventura,
la que con vista libre, poco honesta,
escucha al mozo que su infamia apresta.

Apenas por el campo de alabastro
huyeron las marítimas doncellas,
cuando siguiendo el venturoso rastro
fueron los dioses con el alma en ellas:
amor les hiere y de su madre el astro,
—¡oh, amor, las majestades que atropellas!;—
si riesgo las que huyen consideran,
¿qué se puede esperar de las que esperan?

A cual huyendo del ansioso amante
el matizado manto se le pierde,

y cual cayendo por pasar delante
pierde, cansada, su esperanza verde;
cual más dura que el índico diamante,
porque de perseguirla no se acuerde,
el dios lascivo le suplica al cielo,
que la vuelva laurel o trueque en yelo.
Nise vencida del cansancio y miedo,
a su apretado corazón decía:
¡ay! libre corazón, cautiva quedo;
luego, apremiada del honor corría;
mover la planta sin temor no puedo;
entre suspiros dulces repetía,
bella, más que los cielos, Galatea,
teniendo envidia a la mujer más fea.
Como el aliento por calor le falta,
desata su garvín la bella Eudora
y con el oro del cabello esmalta,
el aire fresco que el tesoro adora;
de las mejillas se derrama y salta,
el tierno aljófar que la ninfa llora,
Glauco apresura el paso por cogello
que pudo entre alabastros conocello.
Han turbado así del mar la plata,
huyendo ninfas y siguiendo amantes;
mas, ¿dónde vas ¡oh musa! a Marte ingrata?
amor es justo que entre guerras cante;
quien tan dura materia sigue y trata
entre espadas, venablos y turbantes,
a amor ofende si su gloria escribe,
que es niño amor y en los regalos vive.
Ya que mezcladas las valientes flotas
se pudieron tocar leño con leño,
lanzas huyeron por el viento rotas
después que dieron la venganza al dueño;
en rotos pechos por abiertas cotas,
agonizando entraba el postrer sueño
dejando el rojo humor las blandas olas,
hechas fingido campo de amapolas.
Como fuesen las bárbaras galeras
de tanto remo porque en él se fían,
prestas entraban y salían ligeras
cuando los dueños revolver querían;

pero las nuestras de valor enteras
con más sosiego por el agua abrían,
que a pie quedo pudieran sus campeones,
mezclar como en un camo los pendones.
Y así Ramón llegándose a la silla
donde el viejo rector mandaba el clavo,
su intento con razón me maravilla
dice, y el fin de conocer no acabo;
ya que permite que una y otra orilla
toque el morisco en sus galeras bravo,
sufriéndoles que dancen en las olas,
sin que prueben las fuerzas españolas.
¿Quieres acaso competir con ellas
en arte de la mar, cuando en seguro
cristal podemos con valor vencellas?
deja un rato el oficio a Palinuro;
atraviesa tu flota si atropellas
el miedo infame de la muerte oscuro,
y traba la batalla blanda y tibia,
contra las fustas que te ofrece Libia.
Puso por obra el español piloto,
el fiel consejo que Ramón le ordena,
y trocando el timón, el alboroto
del agua y remos con estruendo suena;
ya aparejaba su instrumento Cloto,
cuando en las ondas revolvió serena
la capitana, que amenaza estragos
al que teme la voz de Santiago.
Aquellas fustas que romper quisieron
en la de Bonifaz del golpe mismo,
sin que probasen otro, abiertas fueron,
lanzando mucho moro al negro abismo;
en las demás que a remediar vinieron
el daño del confuso barbarismo,
garfios de hierro con valor lanzaron
y en lid ardiente de la espada usaron.
Mezcla Marte confuso la batalla,
dejando por inútil arco y flecha,
porque tan cerca al enemigo halla
que sólo de los brazos se aprovecha;
grita la turba y la feroz canalla,
que ya el cristiano con el hierro estrecha,

sobre los bordes cada cual se arroja
donde enemiga sangre el hierro moja,
Tanto herido cuerpo entre el costado
de una galera, y otra busca entierro,
que no pueden juntarse en Marte airado
por abordadas que las tenga el hierro;
otros cayendo en el cristal manchado,
acaban con las vidas el destierro
sorbiendo al despedirse el alma suelta,
su misma sangre con el agua envuelta.
Si algunas astas con volar travieso
el tiro erraban, azotando el viento,
para enmendar el infeliz suceso,
no mendigaban descansado asiento;
que derribadas de su mismo peso
sobre las ondas de cristal sangriento,
no les faltaba a quien matar, que había
hidrópico español que las bebía.
La capitana de Nazar ligera,
mostrar queriendo de su esfuerzo el día
llevando al diestro lado otra galera,
en que Dalife por señór venía,
turbando la corriente lisongera,
como a las mesas la dañosa harpía,
tienden contra una fusta remo y paño
que ampara, con valor, Guillén Cataño.
Hallóse solo y de las dos en medio,
mas repartiendo a los valientes lados
la diestra gente, el animoso asedio
sustentaban los prácticos soldados.
Jaime de Vega por buscar remedio
a los dardos del bárbaro arrojados,
asió desde la popa la maroma
de una galera, que a su cargo toma.
Quiere llegarla más al vaso amigo
para jugar de la temida espada,
cuando en el pecho un bárbaro enemigo,
una lanza le deja atravesada:
otra buscando por el aire abrigo,
la dura espalda le barrena armada,
dudando el alma temerosa y fría,
por cuál herida de las dos saldría.

Mas la galera de Dalife entonces,
ya quebrantada del terrible encuentro,
que pudiera ablandar peñas y bronces,
que le dió Bonifaz, buscaba el centro;
los duros pernos que de fuertes gonces
clavados sirven por de fuera y dentro,
descuadernando el vaso con redondo
ovillo, buscan con la vela el fondo.
El infausto Medonte viendo el caso,
rector de una fortísima galera,
y que se esconde el agareno vaso,
sin que remedio halle a la onda fiera;
llorando a su Dalife alarga el paso;
por la victoria que furioso espera,
cambia el clavo a la parte más cercana
que pueda atropellar la vela hispana.
Jamás sintió en el golfo cuando el brío
lo alborota, feroz, del falso viento,
pulso mejor el tímido navío.
que ya se juzga de la mar sustento:
el turbado gemir del charco frío,
Medonte siempre a la procela atento,
alcanzaba con náuticas cautelas,
apercibiendo las redondas velas.
Pues éste gobernando el luengo pino,
al leño arremetió de nuestra armada,
mas apena le dió fin al camino,
cuando una lanza le recibe airada:
temblando le quedó en el pechó indino,
mas, aunque preso de la muerte helada,
como atrás se volviese su galera,
asido al gobernalle persevera.
Zeulio, soberbio, de Medonte hermano,
el pecho pone a la feroz venganza,
y haciendo calle por el aire vano,
a la galera de Guillén se lanza;
cuando escupiendo una robusta mano
—feliz suceso—una valiente lanza,
alcanzando en el aire al moro armado,
a su galera lo dejó clavado.
En este tiempo Bonifaz despierto
en el uso de Marte apercibía,

muertes al moro que el cristal cubierto
de rotos cuerpos su valor sentía;
mas como luego en el lugar del muerto
otro con libre alfange parecía,
era el estrago al parecer sin fruto,
hecho en escuadras del morisco astuto.

Bastián Gutiérrez y el gallardo Flores,
a quien nombra la fama don Rodrigo,
de mucha muerte por su brazo autores,
daban descanso poco al enemigo;
discípulos de Marte los mejores
que vió la guerra sobre el vaso amigo,
defendiendo la parte que le toca,
eran como en el mar la enhiesta roca.

Estaban abordadas tres galeras
a nuestra capitana, con intento
de que bajase por las ondas fieras
a ver de Betis el oculto asiento;
cubiertas de pendones y banderas
que entre las voces se llevaba el viento,
cuajado el borde de morisco tanto,
que al esfuerzo mayor causara espanto.

Los dos amigos más que Eurialo y Niso,
el uno con el otro se amparaban,
sirviendo el uno de importante aviso
cuando el otro los golpes señalaban:
viendo Bastián que del pastor de Anfriso
los rayos de su frente al mar bajaban
y que al moro tenaz la fuerza crece,
al peligro mayor el cuerpo ofrece.

A la galera que aferrada mira
lanzó la mano por meterse dentro,
mas luego Buyaruz, que el hecho admira,
temiendo su valor salió al encuentro;
la mano le cortó, Bastián suspira,
que era el vaso morisco esfera y centro
del fuego de su pecho heróico y bravo,
si bien no firme de la rueda el clavo.

Quedó la mano al duro borde asida,
que como con el golpe se encogieron
nervios y venas, aferró encogida,
si bien los dedos el calor perdieron;

viendo el valiente joven suspendida
diestra, que tanto con razón temieron,
subió el esfuerzo y el valor de punto
cuanto al alma el dolor llegó más junto.
Arrojose a cobrar su diestra mano
con ánimo español que el pecho adiestra,
arremetiendo al escuadrón villano,
supliendo el daño la feroz siniestra;
pero salió a Bastián la suerte en vano,
que el diestro moro, de un revés le muestra
lo que la ausencia de su alfange importa,
pues la mano y el brazo vuela y corta.
Como se vé sin armas para ofensa,
y que pueden llamarle hombre sin manos,
intenta de Rodrigo la defensa,
que atropella mil hechos soberanos:
servirle de custodia, trata y piensa
que teme que los golpes africanos
ofendan a su amigo, al fin desnudo
de escudo y miedo, le sirvió de escudo.
En descubierto cuerpo recibía,
sin que moviese el pie, dardos y flechas
que el agareno brazo despedía
contra el amigo que defiende hechas;
ya que por tanta puerta roja y fría
el alma entre mil fúnebres endechas
quería escaparse al claro firmamento,
no con menos valor, mudó el intento.
Temiendo el presto fin, porque le apunta
con flecha universal la muerte avara,
y que imita en la suya que barrunta
Bastián, a Sevilla, con tanta vara;
el ya escaso valor recoge y junta
al alma, que su cuerpo desampara,
y con la poca sangre que le queda
se arroja para hacer el mal que pueda.
A la galera se arrojó enemiga,
no porque espere algún feliz suceso,
mas porque el moro que lo mata diga
que le hace daño, con su mismo peso;
a tal hazaña su valor le obliga,
pues cuando queda de la muerte preso,

contento parte a la región sagrada,
con dejarles la fusta más pesada.
Apenas la galera, caso extraño,
sintió el cadáver del feroz mancebo,
cuando al agua con largo desengaño
le dió por un costado albergue nuevo:
que fué milagro que mostró su daño
ni pretendo afirmarlo ni me atrevo,
que bien pudo también q edar sentida
de los encuentros, cuando estabá asida.
Viendo el amargo caso ante sus ojos
el animoso como fiel Rodrigo,
y que goza la muerte los depojos
del claro noble y valeroso amigo,
entre los moros con la sangre rojos,
que en un vaso fortísimo enemigo
iban parando y despidiendo dardos,
los miembros fuertes arrojó gallardos.
Quiere seguir en la vecina muerte,
al amigo mejor que tuvo el suelo;
pero nególe la contraria suerte
el modo de morir, que pide al cielo;
porque al tiempo que el pie robusto y fuerte
puso al bajel adverso, trocó en yelo
el fuego del espíritu en que ardía,
cayendo armado en la corriente fría.
Trueca el oficio el pie, trueca la mano
el uso de la espada, y sacudiendo
del rostro y el cabello el cristal cano,
por las pesadas ondas va rompiendo:
cristiano vaso busca, pero en vano
halla remedio en el amigo estruendo,
pues cuando vé más cerca su galera,
siente más lejos la salud que espera.
Y modo de morir, el más penoso
que la guerra buscó, parte Rodrigo
con brazo fuerte, corazón fogoso,
a asir de remo o cuerda al vaso amigo:
al mismo tiempo, el Betis espumoso
barre furioso Osmín, buscando abrigo
al hierro de su flecha y de su dardo,
que suelto arroja su escuadrón gallardo.

Salió al encuentro Bonifaz valiente,
arremetiendo su galera armada,
volviendo crespa el remo la corriente
donde Rodrigo, con esfuerzo nada:
junta los dos bajeles la inclemente
fortuna, contra el mozo conjurada,
quedando entre los ásperos costados
rotos los pechos, de metal guardados.
Vomita con la sangre las entrañas
bajando al fondo del sangriento río,
¡oh! Betis fiero que los miembros baña
de quien le daba a Marte aliento y brío:
si te agradan católicas hazañas
de un mancebo gallardo, mudo y frío,
arrójalo otra vez sobre tus ondas;
que no es razón que su valor escondas.
Y ya que en bello alcázar, que sustentan
mil columnas de vidrio, determinas
que entre las ninfas que tu gloria aumentan
vivan sus obras de la muerte indinas;
viva el mancebo y las heridas sientan
las yerbas y las manos peregrinas,
Betis, de tus bellísimas doncellas,
si es que puede vivir quien goza el vellas.
Que de suspiros más que el sol calientes
tus ondas llevarán brotando celos,
o cuando el eco sonará en tus fuentes,
trocando en fuego los suspensos yelos,
del nuevo Adonis,—de remedio ausentes,—
querrán ser Venus en los vítreos cielos,
no tendrá tu jardín ni un laurel solo,
que humildes buscarán al nuevo Apolo.
Así por toda parte el dios armado
mezclaba confusión, estruendo, guerra,
y aunque las flechas les había faltado,
no menguan armas que la furia encierra;
cual arrebata por morir vengado
un banco y al forzado vil destierra;
cual subiendo la fuerza al vivo extremo,
como vara de mimbre juega un remo.
Cual el herido que en la muerte sola
tiene por compañera su herida,

y fiero busca entre una y otra ola
sepulcro que lo fué de tanta vida,
le quita el morrión, la greva o gola,
no porque el curso de su muerte impida,
más porque piensa hacer notable ofensa
con arma que lo fué para defensa.

Entre tanto furor, trompas y cajas,
entre el hierro y la bárbara armonía,
se escuchaban también las voces bajas
de quien la voz y el alma despedía:
¡oh, muerte liberal, cuántas mortajas
aparejaste en el infausto día!;
pero también las manos acomodas
que hubistes, fiera, de estrenarlas todas.

Viendo nuestro campeón que engendra el moro
en el mezclado Marte más constancia,
y que guarda el armígero tesoro
al que resta venciendo su ganancia;
más bravo que persigue herido el toro
al ginete y peón larga distancia,
por una y otra parte aumenta ciego
furia, temor, asombro, espanto, fuego.

Con encendida bomba y hacha ardiente,
pueblan la fusta de Jafer no ruega
la artificiosa máquina inclemente
al seco pino, que en llegando pega;
centella y humo la región luciente
buscan, en tanto que en las ondas juega
Vulcano con los pinos ya deshechos,
quemando a Betis los helados pechos.

Cual de los fuegos ellos abrasado
al opuesto elemento el cuerpo arroja,
como Faetón que en el ardiente Pado
el suyo sin remedio lava y moja;
cual por no verse en ondas anegado,
en una tabla del incendio roja,
el cuerpo deposita, donde escucha
del agua y fuego la disforme lucha.

Mas era tanto firme el fuego ardiente,
que aunque la tabla el peso la vencía,
cubierta de la cálida corriente
sobre ella, con más fuegos parecía:

esta largo morir sufre el paciente
moro que ya agoniza, y que porfía
con flaco pueblo sobre el agua y fragua,
tirando lanzas que recoge el agua.
   Tanto camino de matar buscaron
las dos armadas, que la Parca advierte
que el filo de la espada le embotaron
al dueño de la guerra y de la muerte:
nueva manera de matar hallaron
más terrible, más áspera, más fuerte,
tanto, que la crueldad que los miraba,
crueldades aprendió que ella ignoraba.
   Hecho otro campo marcio el crespo río,
luchaban en sus ondas abrazados,
buscando de la muerte el señorío
los que eran de las fustas arrojados:
quien, al contrario, le sobraba en brío,
dulces llamaba de morir los hados,
pues le daba sepulcro en los cristales
aunque viera la muerte a los umbrales.
   En este modo de matar, hallaba
ventaja conocida en ondas fieras,
pues al nadante bárbaro ahogaba
el robusto Domingo de Contreras:
poco estorbo la cota le causaba,
que cual suelen las ánades ligeras,
así cortaba el agua, antes servía
de lastre el peso al bárbaro que asía.
   Este por largo espacio el firme aliento
debajo de las ondas de Oceano
sustentaba, hasta ver el bajo asiento
y el arenoso fondo manso y llano;
tal vez solía con el ojo atento
el ancla descubrir, y con la mano
limpia de arena y conchas la subía,
si del náuta veloz se defendía.
   Este escondido como en propia casa,
en la casa de Betis vivo espera
al ciego moro que nadando pasa,
buscando alegre puerto en su galera;
apenas lo divisa, cuando tasa,
asiéndole del pie, la lisongera

vida, haciendo que del cuerpo arranque,
bajándose con él al hondo estanque.
   Cuando en lugar del alma que despide,
el asombrado moro el agua bebe,
y con el cuerpo resbalando mide
las grutas de carámbanos y nieve;
Domingo sale, y con el pie divide
el agua que a ofenderle no se atreve,
buscando, lleno de lampayos y obas,
quien habite las húmedas alcobas.
   A la postrera vez que al fondo lleva
un moro perezoso, pero en vano,
porque en sus campos, si los hay, la prueba
haya de agricultor y de hortelano;
como dejase de cristal la nueva
y subiese a gozar el aire ufano,
oyó por lo que en torno ciñe y baña,
en ecos de victoria venció España.
   Miró huyendo las galeras rotas
del cobarde morisco, en fugas diestro,
cuyo costado con el agua azotas
Betis, alegre, del suceso nuestro;
poblaron de turbantes o marlotas,
indicio claro de su mal siniestro,
las aguas turbias con el peso inquietas,
si bien al claro Bonifaz sujetas.
   Miró al gallardo guerreador valiente,
la cuchilla en la diestra vencedora
y en la siniestra al que mató al serpiente,
ligado en cruz de nuestra vida autora;
parte con blando remo la corriente,
que porque pase la quietud mejora,
mirando en las campañas enemigas
sublimes, para verle, las espigas.
   Sigue con él la flota el rastro breve
que deja Bonifaz con blanda prora,
cuyo alzado penol al viento leve
de mil colores, como el sol, mejora;
a tiempo tal que la salada nieve
del mar hesperio con los rayos dora,
encendido en el bulto el dios mancebo
Cintio, Delio, Titán, Apolo, Febo.

Al diestro lado el príncipe heredero,
decimo Alfonso, y su gallardo tío,
acompañaban al feliz guerrero
sobre la yerba que humedece el río:
los dos infantes—que adelante espero
que han de honrar con su nombre el verso mío—
venciendo en gala y lustre al sol dorado,
la acompañaban al siniestro lado.

Detuvo su cristal Betis suspenso,
y la áura fresca, que en los olmos suena,
al silencio pagó tributo y censo;
guardó la voz la blanda Filomena;
el blanco cisne con el gozo intenso
la pluma enjuga en la templada arena:
todos imitan en silencio al río;
detiene el carro el sol, la alba el rocío.

Aunque por ver el victorioso alarde,
las mismas flores de la bel ribera
sobre delgados mástiles, que guarde
prolija edad su verde primavera,
antes que el sol sus hojas acobarde
hiriéndolas, derecho, en punta fiera,
vestido el aire de oloroso aliento,
la frente alzaron en su mismo asiento.

Alegres con la vuelta de la aurora
mostraban el color que había mezclado
con el esmalte que en sus hojas llora,
ya blanco, ya amarillo, ya rosado:
dudo si el alba, de la vida autora,
prestó el color y lustre al fresco prado,
o si a las flores del humilde suelo
les hurtó la color que esmalta el cielo.

Pone al labio el metal sonoro y hueco
el fiel trompeta y las mejillas hincha,
de cuyo alegre son resuena el eco;
salta el caballo que feroz relincha;
el verde junco y el tomillo seco
con el herrado pie los parte y trincha:
ya por batir el campo se desvela,
que sólo aguarda en el ijar la espuela.

Salió bizarro al animoso ensayo
en un caballo que perdió el sosiego,

siguiendo en la color y fuerza al rayo,
si el rayo guarda la color del fuego;
aquel morisco asombro, don Pelayo,
ofensa clara del romano y griego,
cuyo valiente pecho ciñe y baña
la roja insignia que venera España.
Pasa un zorrillo, más que el polvo inquieto
que él mismo altera con la mano y cola,
pero al freno que marca el pie sujeto
teme la mano de su dueño sola;
el pecho besa con feroz respeto,
más recogido que un ovillo o bola,
gobierna su furor, que el campo alaba,
don Fernando, el señor de Calatrava.
Un alazán tostado el campo mide;
sin que le brinden con espuela o ruego;
fuego por ojos y nariz despide;
debió sin duda de tostarse al fuego:
como el cometa, que desgracias pide,
pasando deja, a quien le mira, ciego,
pero aguardando siempre que le adiestre
de Alcántara el belígero maestre.
De tela verde a su morisco traje
viene sirviendo al rey en la ardua guerra,
por cumplir la palabra y homenaje
el rey de la ciudad que el Dauro encierra;
baña el bonete un cándido plumaje,
más que la nieve de su misma sierra,
rige una yegua que, vertiendo espumas,
parece hecha de nieve y plumas.
Dió lugar a la sombra que venía
poblando de silencio el agua y gente,
no llena de temor turbada y fría
que lleva a Cintia por opuesto enfrente:
plata el cristal del Betis parecía,
rompiendo su quietud el dios luciente;
duerme el soldado, duerme el pajarillo,
hiere el aire las cañas, canta el grillo.
Así pasaron la apacible noche
que, llena de lucíferas estrellas,
prestaban blanca lumbre al negro coche,
quedando, a par del sol, sus ruedas bellas:

el manto hermoso, que matiza el broche
con tantas luces, que se mira en ellas
el sol, que se la da, perdido el brío,
con sueño cobijaba el campo, el río.
 Mas no bien hubo la desnuda aurora
vestido de copiosa maravilla,
entre bellos aljófares que llora,
las tiernas flores de la fresca orilla,
cuando la diosa, a quien el tiempo adora,
con hueca trompa despertó a Sevilla;
y al que busca su bárbaro tesoro
dando honor a Fernando, infamia al moro.
 Fatigando el tambor el aire vano,
el sueño derribó con claro estruendo
del alto alcázar, del sentido humano
los flojos miembros de valor vistiendo:
recibe ultraje el apacible llano
y el viento alegre, a quien le va ofreciendo
alférez, tafetán, soldado, plumas,
ecos la trompa, y el caballo espumas.
 Ya de Fernando la cesárea tienda
con argollas de plata en campo fija,
se vé poblada de la rica ofrenda
que el fiero Marte con furor manija;
y a los que forman la marcial contienda
en caballera lid, porque la rija
de Fernando la voz, al son del cobre,
piden, armados, que a Sevilla cobre.
 Entra a consejo el rey, consejo breve
que sólo fué aprobar su buen consejo,
confirman todos que su campo lleve
el paso al muro, de la España espejo:
pruebe—le dicen—quien al Betis bebe,
nuevo en las lides, en las paces viejo,
en la mesa de Marte, horrible y fiera,
el sangriento manjar que ya le espera.
 Que pues Ramón a quien la envidia llame
Marte, en las aguas le obligó, venciendo,
a que siga el morisco fuga infame,
de mil trofeos el cristal cubriendo:
Sevilla ahora el rojo humor derrame,
sino es que humilla su pendón temiendo,

huérfana de engañosas esperanzas,
alfanjes corvos y derechas lanzas.
Dicen alegres, y Fernando ordena
que marchen a Sevilla; el campo luego
deja el asiento que la trompa atruena,
como si viera a las espaldas fuego:
ya el bridón andaluz el dueño enfrena,
de cólera española airado y ciego,
y a la bandera que el alférez muestra
se recoge el infante, en marcia muestra
Ya que Fernando sus escuadras mira
robustas en valor, flacas en gente,
de sus victorias con razón se admira;
—¡oh, española virtud de miedo ausente!;—
a la vecina margen se retira,
que quiere con la vista a su batiente
premiar, entonces, porque al moro apremia;
que la vista del rey alegra y premia.
El que los campos de Aragón gobierna,
aquel famoso rey don Jaime, claro,
cuya fama será en el mundo eterna
contra las fuerzas del olvido avaro,
ciñe al caballo la acerada pierna,
raro en pellejo y en esfuerzo raro,
con más remiendos, perlas, oro y cintas
que tiene un lince por la espalda pintas.
Bate la margen con alientos bravos
un recogido zaino, fuerte y grueso
más que el azije los hermosos cabos,
ancho de pecho y de firme hueso;
contarle pueden los menudos clavos,
tanto vuelve la mano y pie travieso;
juega un pino sobre él, cual blanda caña,
don Rodrigo Girón, blasón de España.
Sobre dorado arnés la banda roja,
fértil de blancas plumas la áurea timbre,
un hovero maneja a rienda floja,
doblando un roble como verde mimbre;
ya se encrespa, ya vuelve, ya se arroja,
medroso que su dueño el asta cimbre,
porque del río en el seguro espejo
mira el claro blasón de Marmolejo.

Sale escarbando el campo en corvo paso,
bizarro y grave, un andaluz peceño,
quizá imitando al volador Pegaso
busca otra fuente porque beba el dueño;
y no se engaña, que el feliz parnaso,
que el de Tesalia es risa, burla y sueño,
es el margen de Betis cuya orilla
huella, galán, Gutiérrez de Padilla.

Más que el toro de Europa, blanco y liso,
en los campos de Córdoba engendrado,
del Betis en el franco paraíso
rige un caballo Gómez Ruiz Mercado;
llevó de su color la envidia aviso
a los cisnes del margen coronado,
que llenos de pesar, de envidia y fuego,
cantar quisieron, por morirse luego.

Midiendo el hierro de la punta al cuento,
lleva una entena que por lanza juega,
Garci Pérez de Vargas, fiero aumento
de sangre libia que los campos riega;
rige un sabino que despide al viento
entre la arena que la vista ciega,
mil arrancados céspedes que envía
para que parcan los que lleva el día.

Con el mismo decoro lustre y gala
pisaron las bellísimas riberas
del río que se tiende y se regala
con apacibles ondas lisonjeras,
los que el sangriento dios nombra y señala
para vencer las áfricas banderas:
Guzmanes, Gallinatos y Quiñones,
Vargas, Correas, Ponces y Leones.

Mejías, Cameros, Vacas, Castros, Arias,
Téllez, Ibáñez, Laras, Flores, Haros,
a quien ofrece la milicia parias
por su heroico valor y hechos claros;
en limpio acero mil divisas varias
entre los rayos de su lumbre avaros
mira, haciendo el sol desde la cuna
ardientes soles de la opuesta luna.

Viendo Fernando con espanto nuevo
tanto inmenso valor, esfuerzo tanto

en su español ejército mancebo,
viejo en las armas que celebro y canto,
vistió su corazón el Marte y Febo
de gozo interno convertido en llanto;
que como es tanto el que su pecho fragua
por los ojos salió trocado en agua.
   Así marcharon al valiente muro
que tanto acero en su defensa cría,
hasta que el rubio sol, manso y seguro,
los fuegos escondió que el mar le enfría;
vistióse el horizonte claro y puro
de mil celajes que le presta el día,
y como forman sobre el muro esferas,
vistos de lejos parecían banderas.
   Prestó su campo el rey al de Tablada,
a tiempo que Flegón, cansado y flojo,
dió fin de todo punto a su jornada,
bañando alegre su copete rojo;
la fama luego por el rey alzada,
regida siempre por su mismo antojo,
por ofrecer al mundo el marcio intento,
sobre los hombros caminó del viento.
   Ahora es tiempo, soberana Clío,
que des aliento nuevo a tu poeta,
para que dé noticia el verso mío
de aquellas gentes que la guerra inquieta:
sabrán del Pado ardiente al Gauges frío
por quién Sevilla se rindió sujeta;
que a vueltas de tan célebre victoria
mis versos gozarán larga memoria.
   Corrió la fama por la España hermosa
tanto de Plinio con razón cantada,
divisa de la Francia, por la hojosa
cinta de montes al Olimpo alzada;
dióles su nombre mismo la llorosa
ninfa Pirene con sepulcro honrada,
sino es que gozan estos montes bellos
del fuego, el nombre, que se enciende en ellos
   Tocó del catalán el fresco suelo
la diosa libre con aliento y brío,
cuyo terreno baña afable el cielo
de Calcas hasta el Ebro, insigne río;

tendió también por otra parte el vuelo,
desde el mar de León al Cinca frío,
cantando por la una y otra orilla:
ya el victorioso rey cercó a Sevilla.
A cual llegó la fama en bosque o selva
que al jabalí cerdoso el dardo tira,
porque su muerte con el hierro envuelva
y el valor de Fernando alegre admira;
y antes que a casa de la caza vuelva
a ver al Betis, animoso aspira;
que siempre el catalán fué bravo y noble,
amoroso en la paz, en guerra un roble.
A cual llegó labrando pino o haya,
la fiera voz de la marcial Belona,
de que forma bajeles en la playa
con que se puebla el mar de Barcelona;
a cual llegó que la memoria ensaya
a Lérida mirando, que pregona
su fama César, cuyo campo alegre
lo moja el Cinca, fertiliza él Segre.
Ya toca en Aragón, que a su poniente
los montes de Moncayo y de Molina
tiene por fresca y espaciosa frente,
publicando su nueva peregrina:
don Jaime—dice—con valor prudente,
vuestro rey y señor, se determina
dar la vida a la sombra de aquel muro
bien defendido, pero mal seguro.
Ya alborota su voz a Jaca y Huesca;
cual se previene a la jornada honrosa,
y cual deja la caza, y cual la pesca,
llevado de la fama licenciosa;
ya les parece que la margen fresca
pisan del río con la planta ansiosa:
la bella Zaragoza brota infantes,
y amenaza Monsón libios turbantes.
Resuena de Fernando el claro intento
por los montes de Hibernia y de Brabanza,
en cuyos valles tiene fresco asiento
el reino que más bello cielo alcanza;
entra en Valencia alborotando el viento,
pidiendo al morador espada y lanza,

que lleno de española, honrosa furia,
las aguas deja que le ofrece el Turia.
Los que bebieron del Jenil, sabiendo
que su rey Mohamed con fe jurada
al cerco ayuda, con los pies batiendo
de su yegua los campos de Tablada,
vencidos del marcial y ronco estruendo,
alborotan los barrios de Granada;
llega la fama al Albaicín y vuela
a la Puerta del Sol y Antequeruela.
Toca la Alhambra; que si el tiempo leve
da lugar voluntario a mi ejercicio;
yo haré que la misma fama lleve
por el mundo su bárbaro edificio;
yo cantaré que al parangón se atreve
por su grandeza fábrica artificio
de aquel milagro quinto que publica
Siro en su casa que Mesnón fabrica.
Los reyes cantaré que en él tuvieron
palacio ilustre con defensa tanta,
hasta que fuerzas y valor rindieron
al cristiano varón que el orbe espanta;
este es el sitio que gozar quisieron
por el mejor que la experiencia canta;
la primavera en él vive cifrada;
que el cielo de la tierra está en Granada.
Cantaré que el bellísimo palacio
mira al levante su campaña y vega,
y aquel terreno de florido espacio
que el nevado Genil matiza y riega;
viva envidiosa la abundate Lacio
donde Latino con Labinia ruega,
—Turno vencido y muerto—al tencro pío
del campo, que ha de ser sujeto mío.
Yo cantaré los no vencidos brazos
de aquellos caballeros españoles
que, ya cumplidos los alegres plazos,
fueron del oro de la fe crisoles;

(*Continuará*)

se dió por el Cabildo la facultad de despachar al Señor Arcediano de Sevilla, interín que se nombraban los empleos por motivo de haber que hacer otras cosas, por ser dicho día el primero de Cabildo, después de las vacaciones, y con efecto, el día diez se nombraron los empleos quedando dicho Señor Arcediano de Provisor, cuyo empleo no quiso admitir desde el primer nombramiento y por fin, insistiendo en su desestimiento se le admitió, y cuatro o seis días después se nombró por Provisor al Señor Doctor D. Francisco de Olozábal y Olaizola, Canónigo y Dignidad de Chantre. De Juez de la Iglesia se nombró al Señor Doctor Don Francisco Luís Villar, Canónigo Lectoral y se repartieron todos los demás &.

Abril.

El día catorce de dicho, Lunes por la mañana, se mandó por el Cabildo Sede-Vacante, que se echase en la Misa la Colecta, *pro quaqumque necesitate* contra la langosta, la que se dijo hasta entrado Junio: fué una multitud extraordinaria la que hubo en este año de esta plaga, pero fué Dios servido que no hizo daño alguno, sino en tal cual manchón, ni levantó el vuelo, sino es para irse, lo que se atribuyó a especial favor de Dios y milagro: se gastaron muchos pesos en matarla desde que se descubrió, por orden del Señor Asistente, en todo el Reinado de Andalucía, que fué donde hubo más abundancia, y tal, que casi no había ejemplar de haber habido mayor cantidad.

Julio.

El día veinte y nueve de dicho, Martes por la noche, como media hora después de la Oración, se apareció en el cielo un cometa, que saliendo del Poniente pasó a Levante, atravesando toda la Ciudad y tan bajo que causó miedo a muchos que lo vieron. Su forma fué como una estrella muy luciente, con una luz tan clara como la de la Luna, y detrás de sí traía una cola de chispas, a modo de un cohete; siendo su color de pajuela; y a poco rato de haberse ocultado en el lado de Levante se oyó un estampido como de trueno o pieza de artillería, que se disparaba de lejos, este fenómeno, los que lo vieron desde los patios de las casas les pareció que caía en los tejados o azoteas y los que lo vieron en el campo les pareció caía encima de ellos, lo que manifestó lo bajo que pasó y esto mismo se supo haberse visto en muchas partes de las Andalucías y de España, causando igual pavor a todos los que lo vieron: mas no obstante este anuncio, no se pararon muchos a pensar sobre él, atribuyéndolo los más a alguna exhalación grande, pero otros no esperaron cosa buena

de él, como con efecto a los noventa y cinco días de su aparecimiento, se vió su efecto en el terremoto sucedido, que causó tantas ruínas en esta Ciudad, y en gran parte de España, Portugal y Africa.

Agosto.

El día de dos de dicho, Sábado, se hizo notificar por orden del Cabildo Sede-Vacante, a todos los curas de las Parroquias de esta Ciudad, no consintiesen en ellas a confesar predicar ni decir Misa a ningún Padre Trinitario Calzado, y la misma orden se dió en los pueblos del Arzobispado en donde hay conventos de dicha Orden.

Esto tuvo su motivo de resultas del pleito que sigue el Convento de dichos padres de la ciudad de Jerez de la Frontera con una parroquia de dicha ciudad sobre no querer los referidos Padres entre en su convento la Cruz de la Parroquia en los entierros, que se hiciesen en él de particulares, como es estilo en esta Ciudad, y habiéndose seguido este pleito años, ahora en este tiempo se hizo causa común de la Provincia, para seguirlo ante el Ilmo. Sr. Nuncio por haberlo perdido aquí ante el Ordinario los padres y de resulta de esto y de no querer entregar el cuerpo que se enterró en dicho Convento. sin la Cruz de la Parroquia, mandó esto el Cabildo Sede-Vacante, pero luego que el Sr. Solís tomó posesión del Arzobispado, los habilitó para que volviesen a las Parroquias como antes.

El día nueve de dicho, sábado por la siesta entre dos y tres, sucedió en Triana a la entrada de la calle de Castilla, en una casa donde vivía un maestro cohetero, que estando un oficial machacando una poca de pólvora, sea por algún cigarro o por chispa que saltó al golpe del martillo, se prendió fuego en toda la pólvora que estaba por allí, y con un espantoso estampido que se oyó en toda Sevilla, saltó la casa y prendió en otra inmediata de un maestro de guitarras, y en la que seguía de otro cohetero, disparándose todos los fuegos que tenían hechos, de modo que las tres casas, quedaron destruídas y quemadas y otras tres lastimadas y pereciendo entre las llamas y humo la mujer del primer cohetero donde prendió el fuego, tres hijos suyos pequeños y un oficial que aunque lo sacaron vivo, y fué al Hospital murió aquella noche y salió el maestro herido y otros que sanaron, quedando este pobre en un instante sin mujer, ni hijos ni caudal. No se tocó a fuego en Sevilla, aunque se avisó a la torre, porque a extramuros sólo siendo Iglesia se toca según respondió el campanero, aunque yo he visto tocar otra vez y de noche para

Triana. El asistente acudió y mucho pueblo y habiendo declarado el maestro que tenía enterrada una porción de pólvora, se dispuso echar gran cantidad de agua y hacer todas aquellas ruínas lodo, y no se llegó a ellas, hasta después de algunos días y se logró no hubiese llegado el fuego a la pólvora enterrada: la mujer la sacaron hecha carbón con un niño del pecho en los brazos y los otros dos lo mismo en un cuarto; fué una gran confusión para los vecinos de aquellas inmediaciones tanto por lo pronto, cuanto por lo que declaró el maestro de la pólvora enterrada que temiendo si el fuego le llegase, hiciese estragos mayores, dejaron muchos sus casas y sacaron sus bienes, pero fué Dios servido se contuviese el fuego.

Noviembre.

El día primero de dicho, sábado día de Todos Santos, por la mañana como cosa de un minuto poco más después de haber dado las diez, sucedió un espantoso y formidable terremoto que puso en la última consternación a todos los habitantes de esta ciudad, creyendo con certeza ser éste el último día de sus vidas y el en que la Ciudad se sumergía y destruía del todo. Este terremoto empezó lentamente y fué tomando tal fuerza que toda la Ciudad entera se doblaba de un lado a otro, como si fuera una caña, y otras veces se leuantaba hacia arriba con el mismo ímpetu: la torre de la Catedral parecía nna palma cuando el viento la dobla, llegando a doblarse tanto, que algunos la creyeron ya en el suelo y a más empezaron a caer piedras de ella, que una cayó delante de la Capilla de la Granada, donde está puesto el Lagarto, rompió el techo y lagarto, y se hundió en la tierra, sucediendo lo mismo con otra delante de la Puerta de los Palos hacia la calle y cayeron otras diferentes, las que fueron de uno de los pilares que están encima del reloj, quedando los otros sentidos, la torre ladeada toda, hacia Santa Marta y llena de rajas y la Giralda un poco doblada por el espigón. La confusión de todos es inexplicable y sólo los que lo vieron podrán decir algo de lo mucho que pasó a cada uno en semejante conflicto que duró (según la casualidad de un relojero que estaba observando un reloj, al tiempo de empezar y tuvo la advertencia de verlo luego que acabó) seis minutos y medio; en cuyo tiempo dilatado se puede considerar cuál sería el desconsuelo de los pobres habitantes y como era la hora en que en todas las Iglesias, se estaba ya en la Misa Mayor o ya para empezarla, cogió a mucha gente en las Iglesias de las cuales salían todos huyendo, por los desconchados y piedras que caían, sucediendo lo mismo a los que estaban en las casas por los muchos tabiques que cayeron en estas y discurriendo ha-

llar asilo en las calles sólo encontraban nuevos sustos, ya en ver las casas y torres, que se doblaban y ya en las muchas tejas y ladrillos que sin cesar caían, pero sobre todo los que pasaron mayor susto fueron los que estaban en la Catedral en donde estaban en los Kiries de la Misa Mayor, así como no hay caliches sino cantos, fueron muchos los que cayeron de los techos, y los pilares se doblaban con gran violencia, y junta esta aflicción con el gran ruido subterráneo que acompañó a este terremoto por toda la Ciudad y que en la Catedral fué más espantoso y el ruido que en las bóvedas hacía las piedras de los muchos remates que se cayeron, fué allí la confusión extraordinaria creyendo que el templo todo se venía abajo como corrió allí la voz y saliendo todos a la calle se hallaron en la misma aflicción, por los remates que a ella caían, todos dejaron el Coro y salieron huyendo al Patio de los Naranjos, siendo milagro no ahogarse en las puertecillas del coro por salir todos juntos, no pudiendo hacerlo por la grande por los muchos cantos que a ella caían, dentro y fuera del coro siendo estos sitios donde cayeron más y sólo se quedaron en el coro en sus sillas dos canónigos y el Arcediano de Sevilla; en el altar mayor sucedió lo mismo, aunque allí no cayó nada y quedó sólo el Señor Don Pedro de Céspedes, Canónigo y Dignidad de Tesorero, que estaba diciendo la Misa Mayor, la que siguió después rezada: hubo veintenero que fué a parar al baratillo en sobre-pelliz todos y cada uno salió como pudo y a donde pudo, rompiendo algunos los sobrepellices, etc. En esta gran confusión apretando cada vez más el terremoto y llegando ya el caso de venirse la Ciudad toda a plomo por no poder resistir más: fué Dios servido de que cesase enteramente, lo que fué sin duda especialísimo favor y beneficio de Su Divina Majestad, que por su infinita misericordia y por intercesión de nuestra Madre abogada, patrona y protectora María Santísima, ciertamente creemos y estamos todos, nos libró del peligro en que estábamos sin esperanza (como se suele decir) de salir de él. Bendito sea nuestro Dios y Señor que así nos favoreció. Amen.

El contar por menor todo lo que sucedió, es casi imposible, sino es que cada uno de por sí lo fuera refiriendo y así aunque muchos hayan escrito lo sucedido en este día memorable no lo escribirían todo, ni se debe estrañar la variación de relaciones en caso tan confuso y de tanto susto para todos, pues hasta los enfermos salieron en camisa a la calle y al campo y las monjas estuvieron ya en muchas partes para dejar la clausura, aunque algunas comunidades de estas se mantuvieron en el Coro. Y cualquiera puede considerar los

clamores que habría en las casas, calles y templos, pidiendo a Dios y a la Virgen Santísima y Santos, todos pálidos y temblando otros desmayados &., todas las plazas llenas de gente en cuerpo, hombres y mujeres pues cada uno salió cómo pudo, viendo que las paredes se abrían y los techos &; y finalmente parecía Sevilla que estaba en el día del Juício, pues hasta los Sacerdotes dejaron la Misa y salieron huyendo.

Poco antes de empezar el terremoto se vieron venir unas nubes de levante que aunque biancas eran medrosas en su aspecto, y en esta madrugada se vió un cometa negro, y otra señal extraordinaria dos días antes de ponerse el Sol que la observaron algunos y otros observaron otra en la Luna tres o cuatro días antes: y también al terremoto acompañó de más del ruído subterráneo un huracán, que muchos tejados dejó sin tejas, ya juntándolas en un sitio y ya derribándolas; siendo otro prodigio el que no sucediesen muchas desgracias, con la lluvia de piedras y tejas que caían en medio de la gente que andaba despavorida corriendo por las calles admirándose esto más, en el Hospital de la Sangre que estaban oyendo Misa muchos y al tiempo que salieron huyendo, cayeron muchos remates y piedras grandes en medio de todos, sin lastimar a nadie, contándose sólo seis muertos y algunos heridos en corto número, que cuando más, se dijo que hasta treinta.

Los muertos en Sevilla, fueron una señora, hermana de Don Alonso Melgarejo, Veinte y cuatro, que habiendo acabado de comulgar en el Convento de San Antonio, se detuvo a rezar en el coro bajo y cayendo la campana grande de dicho Convento, rompió los techos de ambos coros, y la sepultó en sus ruínas.—Otro madero que cayó en la calle Alhóndiga cogió a dos niños hermanos, mató al uno e hirió al otro de modo que murió de allí a poco, y la madre de estos de la pesadumbre, murió a pocos días, eran hijos de un peluquero—Otro niño de a doce años hijo de un corredor de Lonja, que iba por cima de Gradas, cayó un remate del Sagrario y lo mató.—Y a otro niño que entraba por la Puerta de San Miguel de la Catedral, lo ahogó la gente que a un tiempo entraba y salía.—Y un soldado inválido en Triana, que salía de la Iglesia de la O, de comulgar viendo que caía el remate de la Torre de dicha Iglesia, fué a tomar la pared de enfrente, a cuyo tiempo se vino abajo un pedazo y lo mató.

Las ruinas aunque fueron muchas no fué ni la mitad, de lo que se discurrió de pronto, pues además de las dichas en cuanto a templos en San Francisco se cayó la campana chica y su campanario rompiendo los techos hasta el claustro bajo, al tiempo que la Comunidad iba saliendo huyendo del Coro alto y fué milagro que es-

tando tan proxima la escalera principal, entre la cual y el Coro, cayó el campanario, ninguno se inclinó a ir por allí, a más se cayó un pedazo del tejado y columnas del claustro alto que está al lado de la Capilla de la Vera-Cruz, y de la Capilla de San Antonio de la nación portuguesa que está en el Compás se vino el techo a plomo, y algunos tabiques de las casas que caen al Compás se cayeron.

En la casa profesa de la Compañía, se vino abajo la linterna de la media naranja, sucediendo otro prodigio, pues siendo la hora de la diez, en la que siempre se dice la misa en el Altar Mayor, sin saber por qué motivo, tanto por el Sacristán como por el que dijo la misa, se fué éste a decirla al Altar de San Francisco de Borja cayendo entretanto dicha linterna, y creyendo los Padres hubiese cogido debajo a muchas personas, se halló que nadie había debajo.

Las Iglesias que más se maltrataron, fueron los Conventos de Santísima Trinidad del Campo, San Agustín, San Alberto y la Victoria en Triana: de Parroquias, Señora Santa Ana, San Vicente, San Martín y San Miguel; sucediendo el prodigio en la de San Nicolás, que se estaba labrando, que ni un caliche se desmoronó y las columnas que estaban puesta sin arrimo alguno, no se desquiciaron, ni un pelo: cayéronse algunos Campanarios y quedaron tan maltratadas la mayor parte de las casas que fué menester hacer muchas de nuevo, y duraron las obras más de dos años: habiéndose trabajado con eficacia y presteza, también la Colegial de Señor San Salvador, padeció mucho, la pared principal del coro y las dos torres de la Paz, fué menester echarlas abajo, y rara o ninguna Iglesia, y casa hubo que no tuviese que hacer poco, o mucho (y también padeció mucho la Capilla mayor del Convento de Señor San José) sólo Santa María la Blanca no tuvo un caliche que componer.

Aunque en semejantes casos, suelen contarse varias cosas, que muchos no les dan crédito, no obstante fué cierto que en el Convento de Monjas Mercenarias Descalzas una Religiosa llamada la Madre San Francisco, que estaba en opinión muy buena comprobada con varios casos sucedidos antes, la víspera de este día dijo a las demás religiosas, mañana es día de Todos Santos, es día de ponerse bien con Dios y como todas la veneraban tanto, se asustaron. y aunque le preguntaban por qué decía esto, no respondía cosa particular; aquella mañana se levantó muy triste, sin responder a lo que le preguntaban, y poco antes de las diez, llamó a toda la Comunida al Coro y les dijo no temiesen por nada que viesen, que no sucedería mal,

y luego empezó el terremoto, el que acabado se puso muy alegre, y empezó a decir: *venció la Pura, venció la Pura*.

Otro caso que aunque pudo ser casual se notó, no obstante, por especial: don Antonio de Amesquita, Cura de San Roque, tenía sobre una silla un Santísimo Cristo y a un lado una Sra. de la Concepción y a otro un Señor San José y habiendo entrado después en dicha sala (cuya llave tenía él consigo) halló a la Santísima Virgen y al Señor San José puestos delante del Santo Cristo, lo que no se juzgó por efecto del movimiento del terremoto.

Pasada una hora o poco menos del terremoto, el Cabildo Eclesiástico se juntó en la plaza de la Lonja y en el sitio donde está puesto el Triunfo pusieron una mesa y allí se dijo la misa del día rezada, la que dijo un capellán de coro y Don Francisco de Olazábal, Canónigo y Dignidad de Chantre y Provisor que era de Sede Vacante, se puso de capa para tener sujeta la Hostia por el aire que hizo o podía hacer y mandó que todo el pueblo, que asistió allí mucho, oyese la misa toda de rodillas, y el Cabildo hizo lo mismo, asistiendo unos con sobre-pelliz y otros de manteo, según los cogió y se puso en la Mesa el Santo Lignum Crucis, y acabada se entonó el Te Deum en acción de gracias de haber cesado el terremoto y se hizo Procesión por alrededor de la Lonja cantando todo el pueblo, y pidiendo misericordia, y luego se dijo la Sexta en pié en dicha Plaza.

Nuestro asistente que lo era Don Fernando de Valdés y Quirós, mandó publicar inmediatamente un bando, prohibiendo el uso de coches, calesas. carros y carretas por las calles, pena de doscientos azotes al cochero que se hallase montado, o calesero y hasta los carretones de los amoladores y palos arrastrando se prohibieron y despachó posta con la noticia de lo sucedido al Rey.

En la Colegial su Cabildo, celebró uno en medio de la Plaza de San Salvador en pié: en la Catedral inmediatamente se sacó el Santísimo y a nuestra Señora de la Sede se llevó en hombros y corriendo, y se pusieron en la Capilla del Colegio de San Isidoro, no atreviéndose a estar nadie en la Iglesia, y a la torre no se subió hasta el día cuatro, por decirse se estaba cayendo la Giralda y se puso una valla de madera por la banda de los arquillos hacia la plazuela Arzobispal y otra desde la Puerta de Palacio, hasta encima de gradas para que nadie pasase sino por dentro de dicho Palacio, la que estuvo hasta que se acabó de componer la torre, y las mismas vallas se pusieron en todos los sitios donde amenazaban ruinas, y toda la Ciudad se llenó de Puntales y su cabildo se juntó inmediatamente, nombró diputados para que con dos maestros albañiles, fuesen por collaciones registrando todas las casas de alto abajo, y la que estaba mala, al

instante se echaba abajo: y finalmente, por lo dicho se podrá considerar, la confusión en que se vió la Ciudad este día, y por mucho tiempo todo eran votos y promesas y las mujeres echaron muchos hábitos despojándose de sus galas, todas las Iglesias estaban siempre llenas de gente, en muchas casas se quitó el comer carne los sábados para siempre, hubo muchas penitencias, y hubiera habido más si el Señor Provisor no lo hubiera contenido por un edicto que publicó de allí a dos o tres días, en que prohibió toda demostración pública, por no contristar más los ánimos, exhortando al arrepentimiento de las culpas, con la cual y el patronicio de María Santísima y la confianza en Dios, aseguró seríamos libres de azote que nos amenazaba.

El Cabildo Eclesiástico hizo aquella tarde una procesión general, desde el Colegio de San Isidoro a la hermita de San Sebastián, citándose a todos de prisa; a esta procesión concurrieron diferentes Rosarios de hombres que iban delante, la hermandad del Santísimo del Sagrario, las Cruces y Clero, el Cabildo y la Ciudad, se llevó a nuestra Señora de la Sede, y el Preste llevó en las manos el Santo Lignum Crucis acompañándole delante dos hermanos del Santísimo con dos faroles; como se ha ejecutado en otras ocasiones, se llegó a dicha ermita al sol puesto, y se volvió de noche: concurrió mucho pueblo y muchos Rosarios de mujeres y hombres, que estaban repartidos por la estación. Esta procesión se quiso hacer en la Parroquia de Omnium Sanctorum y por lo malo que estaban las calles de Tejas &ª. no se hizo así a nuestra Señora de Todos los Santos, y se determinó ir por el Campo a dicha ermita de San Sebastián, como Patrono que es de esta Ciudad y era dolor, ver que en lugar de flores, sólo se pisaban tejas y cascote, por las calles donde se fué hasta la Puerta de Jerez, y se hizo sin campanas, porque no se tocaron en las torres, desde el principio del terremoto que empezaron a tocar a Rogativa, y así que este apretó, bajó la gente de la torre huyendo, y asombrada de ver como esta se abría por las cuestas.

Yendo esta Procesión por entre San Telmo y San Diego a la ida a la ermita, se alborotó todo aquel campo, echándose la voz de que había otro terremoto, y que la tierra se abría y todos empezaron a correr desatinados pidiendo misericordia sin saber donde acudir, y toda la procesión se desbarató, saliendo cada uno por su lado, hasta que se supo que era un buey o bueyes, que asombrados sin saber por qué atravesaron corriendo por medio del Cabildo y a un cetrero lo atropelló un buey y lastimó pisándolo; y sosegados ya, volvió segunda vez la misma bulla y voz de que se abria la tierra y con el ruido de la gente de correr, se creyó por parecer este